



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

BITS, LATIDOS Y OTRAS PULSACIONES

WILSON ALEJANDRO PÉREZ SEGURA

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes
Maestría en Escrituras Creativas
Bogotá, Colombia
2012

Bits, latidos y Otras Pulsaciones

Wilson Alejandro Pérez Segura

Tesis o trabajo de investigación presentada (o) Como requisito parcial para optar
al título de:

Magister en Escrituras Creativas

Director:

Azriel Bibliowicz Goldstein

Asesor Externo:

Julio Paredes

Línea de investigación:

Narrativa

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes
Maestría en Escrituras Creativas
Bogotá, Colombia
2012

**Gracias a todos aquellos que han motivado e
inspirado esta tesis con sus palabras,
acciones y vidas, en especial a mi familia y amigos.**

RESUMEN

Bits, Latidos y Otras Pulsaciones es una ópera prima que consta de nueve cuentos con extensión de 80 páginas, cuyo eje temático es la influencia del entorno y los objetos en las sensaciones humanas. El objetivo de este trabajo es poner seguir recomendaciones sobre la escritura creativa, recibidas en el marco de los talleres de la maestría. Los cuentos son una práctica de aprendizaje sobre aspectos de la narrativa, como tipologías de narrador, líneas argumentales y creación de personajes. Dentro de los motivos recurrentes en los cuentos se encuentran los objetos tecnológicos y máquinas (reproductores MP3, automóviles, computadores) y las relaciones de pareja como los más sobresalientes.

Palabras clave: Narrativa, cuento, entorno, objetos, relaciones humanas, línea argumental.

ABSTRACT

Bits, Latidos y otras pulsaciones (Bits, beats, and other pulses) is an *opera prima* consisting on nine short tales with extension of 80 pages as a whole. The main theme is the influence that the environment and the objects exert on human perceptions. The objective of this thesis is to follow advice to develop skills in creative writing, given during the workshops of the master. The tales are a learning practice on aspects such as type of narrator, plot line and character creation. Among the recurrent motifs are tech gadgets and machines (MP3 players, computers, cars) and couple relationships.

Keywords: Narrative, short tale, environment, object, human relations, plot line.

CONTENIDO

<u>Resumen</u>	4
<u>Abstract</u>	4
<u>Prólogo</u>	6
<u>Cont@cto</u>	12
<u>La fogosa</u>	20
<u>La purga</u>	30
<u>Síntomas del olvido</u>	37
<u>El asunto del triángulo</u>	43
<u>Descenso a la caverna</u>	53
<u>Paseo por el jardín</u>	68
<u>Vidas encontradas</u>	73

PRÓLOGO

Voy a tratar de no explicar los temas de mis cuentos para dejar que ellos hablen por sí mismos. Respetaré la premisa acerca de la completitud de la obra literaria. Esta debe ser autosuficiente, el autor la deja libre para que los lectores hagan de ella su propiedad. Una vez escrito un texto, nunca más vuelve a ser del escritor.

Creo que esta es una confesión de cómo, después de intentos fallidos, encontré la manera de aprender un oficio para buscar profesionalizarme en él. También mencionaré las motivaciones e influencias de otros autores para nutrir los temas de los cuentos que aparecen aquí. Me arriesgo a explicar mi obra cuando hablo de mis motivaciones, pero trataré de no predisponer al eventual lector con pistas sobre lo que se puede encontrar en ella, en cambio presentaré mis intereses y preocupaciones, semilla de las ideas que germinaron en los cuentos.

No olvidaré hablar de mi experiencia en la Maestría de Escrituras Creativas. Allí viví los rigores de la crítica así como las enseñanzas de opiniones sinceras. Mis dificultades con la precisión en la escritura, tuvieron muchas luchas.

A riesgo de caer en un lugar común de las historias, diré que todo comenzó un día. Recuerdo muy bien la vez que fui consciente de mi relación con un libro. Era un volumen en pasta blanda de *El príncipe y el Mendigo* de Mark Twain. Este libro estuvo por mucho tiempo en un gabinete de mi casa. No tenía otro uso que guardar recibos o estampas de santos, sin embargo lo tomé y empecé a leerlo. Por curiosidad ojeé las primeras páginas, me parecieron interesantes porque se trataba de unos niños, pero seguí atrapado por la narrativa. Ese fue el primer libro

que leí completo. Cuando acabé de leerlo, surgió la necesidad de alimentar el hábito que había nacido. Bien lo dice Michelle Pettitte, “los libros son una forma de llevar el espacio público al íntimo, son eventos que vienen del exterior y de los cuales nos apropiamos para aferrarnos a ellos sabiéndolos nuestros, a pesar de que provienen de la intimidad ajena”. Creo que eso es la literatura, una transmisión de intimidades. La lectura entró en mi vida sin avisar, como lo hacen los mejores eventos en la vida de una persona. Todo el que lee ha tenido un primer libro, y al igual que el primer beso, es difícil de olvidar.

Hay otra primera vez, y esa es con la escritura. No me refiero al acto de reproducir en el papel una idea con intención de funcionalidad. Me refiero a hacerlo con el profundo deseo de que sea bello, estético. En este sentido, escribir se me asemeja a un oficio artesanal como la forja. El material en bruto es una idea en la mente del herrero, y es por medio del trabajo continuo, la observación y la paciencia que la obra toma forma. El cambio de lector a escritor ha sido brusco para mí porque siento que mientras leo, entro en un lugar cómodo, en el cual me puedo dejar llevar; al escribir me expongo a reparos continuos que aumentan la desconfianza en lo que escribo.

Durante mi adolescencia tuve un cuaderno donde escribía poemas y reflexiones existenciales. Por un tiempo me complacía en releer lo escrito por pura autocomplacencia. Me di cuenta de que mis textos me gustaban no por un impulso de autocomplacencia, sino porque me evocaban espacios y tiempos aún desconocidos para mí. De ahí empezó a surgir la necesidad de encontrar una voz propia. Cada vez que lo intentaba, salía a relucir la admiración por un autor leído

poco antes, contaminando mis escritos con su influencia. Pasó el tiempo y los textos fueron menos frecuentes. Las ideas nunca se fueron, al contrario me emocionaban cada vez que llegaban a mi mente para convencerme de escribirlas.

Ya mencioné autores cuyas obras disfruté antes de querer imitarlas. Puedo recordar que pasé mi adolescencia con Tolkien y Edgar Allan Poe; Gabriel García Márquez se fue colando entre mis lecturas, como preparando un estado de madurez posterior. Las obras se fueron listando en mi memoria, y con ellas una influencia en la escritura. Aun así me parece que cuando un autor menciona las influencias, estas hacen una radiografía, casi siempre equivocada, de su estilo de escritura. Quiero escribir gracias a ellos, pero lo haré porque lo considero un oficio noble y necesario.

Pero el querer escribir también implica el tema a escribir. Yo no me he preocupado por establecer un *leitmotiv* central en esta antología. Me he preocupado por observar lo que me rodea. Me gusta la fantasía y también el misterio. Lo que escribo busca establecer un grado de suspenso. Ese latido es la vida de mis textos, ya sea en un relato sobre el desencuentro de una pareja, o sobre un hombre que descubre una reliquia con un poder indefinido. Mi tema, si se le puede considerar así, es la inminencia de eventos inevitables, pero pospuestos hasta el límite de la cordura. Por supuesto estoy hablando de los presentes escritos, ya vendrán otros que requieran de otro latido y tal vez un ritmo diferente.

Todo lo anterior ocurre en el terreno autodidacta, el espacio en el que el autor amateur refugia sus textos, los resguarda de ser leídos por alguien más que sí

mismo. En mi caso, y conociendo mis propias carencias como escritor, quise aprovechar un espacio sin precedentes para ahora sí profesionalizar mi manera de escribir, o al menos mis hábitos. La Maestría en Escrituras Creativas fue el espacio que necesitaba desde hace mucho tiempo, si quería legitimar mi oficio secreto. Una anécdota me hizo cuestionar la relevancia de estudiar en ella; poco después encontré la respuesta que me terminó de convencer. Cuando le conté a un amigo que iba a empezar a estudiar esta maestría, él me preguntó - ¿la creatividad se puede enseñar? -. Yo le respondí que no, pero no pude argumentar mucho más para justificar mi decisión. Semanas después de empezar las clases, estábamos hablando en el taller de narrativa sobre el concepto de levedad presentado por Ítalo Calvino en sus propuestas para el nuevo milenio. Entre otras cosas se dijo que la levedad busca liberar el texto de todo peso que le pueda dar el lenguaje. Pensando un poco en la pregunta de mi amigo, concluí que con la imaginación hay que hacer el proceso contrario, hay que raptarla de sus alturas y domarla para que galope bajo nuestro control. Al responderme esto, no sólo le encontré más sentido a la maestría, sino que descubrí la difícil tarea que representa crear bajo exigentes restricciones.

Precisamente restringir el lenguaje para hacerlo leve y estético es algo que me causó mucha dificultad durante la escritura de mis cuentos. Creo que le saqué muchas canas a mis tutores cada vez que les hacía una entrega y ellos descubrían un farrago de palabras rebuscadas y lenguaje altisonante que trivializaba lo relatado, como es evidente aún sigo luchando contra la abundancia. Yo intentaba usar palabras simples y crear voces de personajes que fueran

contemporáneos, creíbles. Poco a poco se fue logrando, no sin que yo sintiera que estaba mutilando mis cuentos. Fui obstinado y sobreprotector, pero permití que las historias tomaran vida propia, que los lectores recomendaran cambios y lo más importante, que yo los hiciera.

Dentro de mi lista de suposiciones sobre el oficio estaba que la primera escritura de un texto es la más cercana de la versión final. Como pude comprobar en este trabajo, no hay nada más lejano de la realidad, aspiro a que mis cuentos en su presente versión se acerquen a lo más legible posible. La corrección continua opuso una gran dificultad, por momentos me sentí frustrado al releer una página que ya había corregido y ver más errores pasados por alto. Esa misma frustración me enseñó que un deber del escritor es ser su más duro editor. Es cierto, no se puede enseñar a escribir, pero si se pueden dar las herramientas para aprender: la reescritura y corrección son dos de ellas.

Me gustaría retomar la idea del libro sin dueño. En el proceso de mi primer libro de narrativa descubrí que hay un momento de enajenación. Este llega cuando ya he trabajado tanto en mis cuentos, los he dejado reposar y los he retomado tantas veces que parecen que han estado siempre ahí, sus personajes han cambiado y lo que me quieren decir no es lo que yo esperaba. Su vida ya es propia y ni siquiera les reconozco. En un principio esto me preocupaba, pero alguien me dijo que eso es una de las cosas más maravillosas que le pueden pasar a un creador, ver que sus obras toman un camino propio y se van. Me gusta la idea que los cuentos que escribí ya no sean míos, que puedan irse donde alguien más, o incluso donde

ellos van a esperar a su siguiente lector así sea en un cajón de mesa de noche. Lo bueno es que cuentan con una vida autónoma gracias a que su autor los dejó ser.

Cont@cto

Arturo está ansioso. Después de tres meses y cinco días de no hablar con Andrea, la espera en el chat para, por fin, decirle cuánto la ama. Llevado por la pasión que ella le despierta, abre una página pornográfica calmando así los calores que siente al recordar el sexo que tuvieron. También se siente observado mientras navega desconfiado. Su mamá está en el cuarto de al lado y no sabe si ya se fue a la cama.

Arturo tiene los ojos bien abiertos. Por momentos no parpadea en lapsos de veinte segundos. Seguro fantasea con Andrea trayendo a la memoria su cuerpo desnudo. Arturo se quiere convencer de que Andrea lo citó al chat para hablar de la carta que él le dio en el aeropuerto cuando ella salió del país. En todo caso ya era hora de hablar al respecto.

Suena un pito y Arturo se asusta como si lo hubiera descubierto su mamá.

Minimiza la página pornográfica y se acomoda. En el chat hay un avatar verde con el nombre de Andrea.

Andrea dijo (6:35 pm):

- Hola ¿estás ahí? (manito saludando).

Arturo dijo (6:36 pm):

- Hola ¿cómo estás? Pienso mucho en ti. Te extraño.

Siente que los latidos se aceleran. Por un lado está la página pornográfica con la proyección de sus deseos, por el otro la conversación con Andrea y su impotencia

de tenerla. Espera respuesta. La imagina frente al otro computador tal cual la conoció, sabe que ella ha cambiado, pero es incapaz de verla diferente. Un lápiz vibra en la pantalla, ella escribe la respuesta. En esos segundos él recuerda la primera vez que lo invitó a chatear tarde en la noche, así podían seducirse con palabras escritas y, como ella decía, hacer el amor en silencio. La oscuridad desinhibió a los dos como si estuvieran solos, lejos, pero juntos en el mismo lugar. El recuerdo se interrumpe con una respuesta.

Andrea dijo (6:38 pm):

- Sí, yo también, parece ke han pasa2iglos. (Carita triste con lágrimas)

Decide continuar la conversación motivado por la promesa de una charla como en los viejos tiempos.

Arturo dijo (6:39 pm):

- ¿Qué me cuentas? ¿Qué tal la gente?

El lápiz vuelve a vibrar. La página pornográfica lo tienta mientras espera.

Recuerda a su mamá en el otro cuarto, se siente vulnerable. Al no poder ver ni tocar a su interlocutora se siente ridículo, no hace otra cosa más que preguntarse.

“Por qué no me contestas?”.

Andrea dijo (6:41 pm):

- Rechevere, pero... leí la carta que me diste, hace rato...

“¿Puntos suspensivos?” Son la forma más cruel de incitar la imaginación. Decide esperar de nuevo con los brazos cruzados y estira el cuello para quitarse la tensión. Los segundos pasan al ritmo del zapateo. Vuelve a la página pornográfica, no sin antes mirar hacia la puerta. Le teme las entradas intempestivas de su mamá. Una vez entró cuando él salía de una ducha, no hubo palabras pero sí un intercambio de miradas serias, igual él no supo por qué entró en su cuarto sin avisar. Desde entonces sintió a su mamá detrás de la puerta, acechante antes de saltar hacia el cuarto, esperando descubrir cualquier razón para justificar su desconfianza. Se concentra en las imágenes, más como buscando algo perdido, un recuerdo de su cuerpo junto al de Andrea entre aquellos acostumbrados a ser vistos teniendo sexo en una pantalla. El chat sigue sin respuesta. Suspira. Sabe que ellos dos compartieron más de lo que comparten los amigos, con la salvedad de no dar el paso definitivo; aceptar que se quieren.

Arturo dijo (6:42 pm):

- Bueno, y ¿qué piensas?

Decide no caer en la trampa de los puntos suspensivos con la estrategia del emoticón. No encuentra el apropiado. Esta dificultad le recuerda la críptica cara de Andrea. Siempre trató de descifrar sus gestos. Los ojos bien abiertos: dime más. Manos acariciando el pelo: cállate y bésame. Mirada al vacío: nunca tuvo idea de su significado.

Arturo dijo (6:43 pm):

- No quería que te fueras sin decirte antes...

Los puntos suspensivos son accidentales. El lapicito se mueve de nuevo, esta vez más rápido, o eso creyó Arturo.

Andrea dijo (6:44 pm):

- Fue muy bonita (emotición de corazón). Fue una sorpresa. X eso quería hablar contigo.

Arturo se recuesta en la silla. Espera tomar fuerza frente al teclado para confesar su amor. No espera más que quitarse ese peso que lleva desde hace meses, el mismo que apacigua con sesiones de pornografía liberadora de deseos y frustraciones. La necesidad acumulada en el cuerpo lo hace sentirse cerca de Andrea, como si al estirar la mano hacia la pantalla pudiera atravesar los píxeles y tocarle la mejilla.

Arturo dijo (6:45 pm):

- Bueno... sabes cómo soy yo... no me había atrevido a decirlo (emotición con gafas negras)

Da ENTER sellando con esto el silencio de sus sentimientos. Muchas veces pudieron haber aceptado lo que sentían más allá del placer. Ella al menos decía algo con su silencio. Los tontos papelitos solían hablar por él. El enamorado interior solo salía con la complacencia de unas teclas o un lápiz y la convicción de un amor que creía imperturbable. El vacío sacude la parte entre el estómago y el esófago donde los amores y desamores se somatizan por primera vez. Presiente la llegada de las consecuencias.

Andrea dijo (6:46 pm):

- Sí, lo sé...entiendo, Yo tampoco me atreví.
- Sabes van a usar este compu, me tengo que ir.

Él lo toma como un reto. Era hora de generar necesidad por él. Así que usa las viejas estrategias que cree infalibles.

Arturo dijo (6:46 pm):

- ¿Te vas a privar de mi tan pronto?...tú te lo pierdes... (Emotición a carcajadas).

El vacío del estómago se expande por el tórax mientras espera la respuesta. Otro recuerdo lo tortura. Antes de salir del país, Andrea quiso hablar sobre el futuro “¿Qué va a pasar con nosotros?” preguntó. “El tiempo dirá, muchas cosas pasan en un año” dijo él confiado, su pose disimuló la certeza de que ya nada sería igual. Ella hizo un gesto de tristeza y guardó silencio con la cabeza baja, eso significaba: no lo dirás ¿verdad? Todo acabará.

Andrea dijo (6:48 pm):

- (Emotición a carcajadas) bueno... sólo quería saber ¿por q no me dijiste todo eso que escribiste? Y no hemos hablado...mucho... desde ke me fui.

Arturo nota su error y espera el justo castigo. Termina de recriminarse como presintiendo “Tonto, como si una cartica te fuera a ahorrar las llamadas y los te extraño”.

Arturo dijo (6:50 pm):

- Lo siento, ¿es por eso que nos distanciamos? ¡Ah! No, verdad que viajaste!

(Emotición a carcajadas)

“¡Qué estúpido!” piensa. Me estoy hundiendo y sigo sin decir nada útil.

Andrea dijo (6:52 pm):

- Es tarde... quiero decirte que conocía a alguien, me sentía muy sola.

Eso no lo esperaba, aunque lo merece. Quiere olvidar sus propias palabras.

“Muchas cosas pueden pasar en un año”. Ahora la carta pierde todo el peso de su intención. Vuelve a ser solo un papel con letras encima. Arturo maximiza la página pornográfica y hace clic al azar en una imagen.

Arturo dijo (6:54 pm):

- Entiendo, por eso quieres acabar ya.
- ¿Cómo fue?

No tiene sentido preguntar los detalles ni hacer las reclamaciones pertinentes.

Andrea y Arturo habían llevado un idilio a escondidas sin el riesgo del compromiso. Cualquier posibilidad de seguir juntos se fue con ella. Arturo empieza a notar la naturaleza de la comunicación entre los dos. Pensó que las palabras vuelan, franquean distancias, pero en ese momento no llegarían para que los ojos de Andrea las vieran antes de desmoronarse en montañas de píxeles.

Andrea dijo (6:57 pm):

- Kería aclarar todo, siempre he sido honesta conmigo misma, no kería seguir con esto sin antes decirte.

“Que considerada” piensa.

Andrea dijo (6:59 pm):

- Lo siento, de verdad... Bueno me tengo que ir

La despedida lo despierta momentáneamente de su soledad, sus dedos se mueven automáticamente.

Arturo dijo (7:00 pm):

- Bueno, fue un placer.

No encuentra el emoticón. El corazón roto fue la primera opción. Al menos se atrevió despedirse antes de que el avatar de Andrea pasara a estado de reposo, cuando dejó de escribir, por fin salió la frase que siempre pensó innecesaria.

Arturo dijo (7:01 pm):

- Te amo (corazón roto)

Las palabras quedan congeladas en la pantalla. Un avatar verde continúa activo, otro llamado Andrea está en rojo. “Otra vez solo” pensó Arturo. “Así termina todo, un clic, On, después Off”.

Sigue mirando a la pantalla del chat como esperando una señal de arrepentimiento y la resurrección del avatar amado. Finalmente cierra la sesión y queda ante la página pornográfica. Mira hacia la puerta y le grita a su mamá. “voy

a dormir, puedes descansar” Se queda un momento viendo los cuerpos desnudos en la pantalla. Ya no le importa ser descubierto. Envidia a aquellos mudos actores del sexo y se pregunta si son capaces de sentir amor.

LA FOGOSA

Es una tarde de domingo en Loma Vieja, mi hogar. La tierra ha recompensado con frutos el trabajo de los campesinos. Hoy los habitantes le damos un descanso a la naturaleza para celebrar con cervezas que es domingo. Según el almanaque Bristol, estos son días propicios para empezar la siembra, la luna favorece el crecimiento de las semillas y la fertilidad de las mujeres. Esos sí, los campesinos han de cuidarse de los incendios espontáneos. La tierra se pone más caliente en esta temporada, cuando el sol dura más tiempo en el cielo. Siempre hay cosas nuevas en Loma Vieja, aunque el visitante se deje engañar por sus casas centenarias.

La gente habla del retorno de la *companha* gitana, visitantes nunca gratos entre la población de gentes cabizbajas y sombreros gardelianos, no sé por qué los desprecian, hasta me parece que su vida es envidiable, van a donde quieren sin rendir cuentas a nadie. Los gitanos ya han venido en otras ocasiones, la gente los rechazan con tímida curiosidad, los culpan de todo lo malo ocurrido mientras duran en el pueblo. Hoy domingo las altivas gitanas caminan por la plaza con una mano en la cintura y otra lista para leer la mano. Mientras, los habitantes se atrincheran en las tabernas aguantando la tentación.

Estaba con mis amigos tomando cerveza, regamos un poco de cerveza en el suelo como ofrenda a las almas, Había caras criollas y otras con mejillas coloradas que ocultaban sus ancestros extranjeros. Llevábamos horas recontando

las anécdotas de cada semana. No había muchas cosas nuevas que contar, pero todas merecen ser contadas.

-Así pasó la vez que vinieron, Argimiro-dijo Gerardo- esa gente trajo mala suerte. Se perdieron las cosechas.

-Hay que mantener la distancia,- dijo Manuel - no vaya a ser que nos echen mal de ojo.

-¡Que va! - agregó Argimiro – ellos son como uno; en el incendio de Peña Chica les fue mal, no se hagan los que no se acuerdan. Incluso los hombres nos ayudaron a salvar muchas cabezas de ganado.

Nos miramos entre nosotros; luego Gerardo, que era padre de Argimiro, se dirige a mí -Fulgencio. Usted sí habla con los gitanos, nadie más tomaba la misión de la parroquia para llevarles mercados en la máquina de bomberos. ¡Buena máquina esa! Cuénteles al Argimiro como fue lo del incendio.

Bebo un sorbo de cerveza antes de hablar. Todos saben de mi aventura con la gitana hace años, o sospechan y por eso no hacen sino preguntar. Los tres hombres se recuestan contra la pared, me sacan la historia con la promesa de otra cerveza.

- Les cuento más bien de la Fogosa, la maquinita fue la que me salvó la vida esa vez. Me dio miedo de verdad, pues la verdad, yo respeto el fuego cuando se hace peligroso. Aunque mi trabajo es apagarlo, admiro su fuerza. El fuego se traga todo con la fuerza de un animal salvaje. Cuando hay un incendio en un bosque es

como si tuviera vida. En la vereda el incendio fue provocado. Alguien botó colillas cerca del campamento gitano y hasta hoy no se sabe quién fue.

“Una máquina de bombeo no daba abasto para el fuego de ese monte, si hasta la milicia envió helicópteros llenos de agua que se evaporaba antes de llegar al suelo. El agua se evaporaba por la candela, pero la Fogosa siempre fiel, chorro tras chorro le abría paso a las palas, machetes y azadones detrás de ella. Era como si el motor ronroneara como un gato tranquilo. Esa sí era una buena máquina, ocho cilindros de pura fuerza, la mejor en el pueblo, hasta el alcalde había aceptado hacerle un bautizo con botella de vino como le hacen a los barcos, me preguntaron cómo la iba a llamar, y sólo se me ocurrió la Fogosa.

-¿Por qué? – me preguntó Argimiro.

-¿No se lo imagina?- respondí.

“Antes del asunto en la vereda todo andaba bien, los veranos no habían sido tan duros, y las emergencias no pasaban de un gato en un árbol o una quema sin control. A veces nos mandaban a donde los gitanos para llevar mercados. Ellos no pedían nada, pero el cura se le metió en la cabeza llevarles comida para tenerlos contentos y lejos. Entonces nos íbamos, la Fogosa y yo, a lo largo del río, tan rápido como se pudiera antes del atardecer. El tiempo dejaba de pasar cuando manejaba.

“Perdí dos colegas en los incendios. No murieron por lo duro del fuego, sino por subestimarlos. Luego de años, la Fogosa era mi mejor amiga, no dejaba de trabajar

mientras tuviera combustible en el tanque. Las máquinas si duran, no como la gente, que si no se va, se muere en el momento menos esperado.

“Los gitanos siempre se trepaban en La Fogosa cuando llegábamos al campamento, “hola *Gazhe*” me saludaban. Casi nunca les entendía lo que decían, pero siempre me gustaba ir a ver en qué andaban. Cuando había fiesta me podía quedar toda la noche viéndolos bailar, sobre todo a las mujeres. En una de esas visitas me quedé a tomar algo con el viejo de la *Companha*. Entre una y otra charla, me dijo que La Fogosa me iba a salvar la vida, yo dije que seguro así sería. En el fondo pensé que los dos habíamos tomado mucho de ese trago que preparan. No podía quitarle los ojos de encima a una mujer coqueta y bonita que estaba bailando. Más de una vez me miró sonriente. Al darse cuenta de esto el viejo, me señaló la hoguera y dijo: *Bi kasthesco merel i yag*, sin madera, el fuego muere, no se le olvide. De verdad que el viejo era raro, pero tendría que recordar sus palabras esa misma noche cuando, retando sus reglas, la gitana se quedó a solas conmigo en el bosque. Al amanecer me dio una contra o algo así para ponerla en la Fogosa, era un atado de yerbas secas apretado en cabuya, según ella, con poderes de protección.

“Yo tenía a la Fogosa bien coqueta con cuidados y adornos, y pensé que no sería malo decorarla con ese bulto colgado en el espejo. Volvimos esa noche al pueblo, la última vez que recorrimos esa carretera con alcohol en la sangre y el sabor de la gasolina en la lengua. Nos despedimos, como de costumbre, sonando el eco de la corneta en las montañas.

-¿Y la gitana?-preguntó Argimiro con imprudencia.

Tomé otro sorbo de cerveza y regué un poco en el suelo, luego dije - Ahí está en la plaza con el niño ese, y el marido, si es lo que quiere saber- Los demás miraron a Argimiro para que se callara.

“Pero ese verano tenía que llegar, no supe de un calor como ese, tal vez solo el de la calentura de mujer, sí, el calor de mujer se le parece, uno no quiere irse cuando está con ella, pero si la toca incauto, siente que se quema. Por esos tiempos, a veces, al medio día, los pájaros dejaban de cantar y las vacas se echaban cansadas de rumiar. En las calles del pueblo se quedaba la Fogosa luciendo ese rojo vivo con las ventanas abiertas. Cuando me sentaba adentro, no me aguantaba el culo, y el olor a planchado me mandaba a la sombra.

“Uno de esos días, en una tarde sin nubes en el cielo, llegó un rumor de las montañas que nadie pudo ignorar, venados que nadie había visto en mucho tiempo, e incluso murciélagos, empezaron a aparecer por lados del cementerio. Extrañaba ver esos animales cerca el pueblo, no estarían aquí por algo bueno. El silencio de esas miradas me distrajo por un tiempo de un olor a hoguera. El retrovisor de la Fogosa me sorprendió con un espectáculo inesperado.

“Tras las peñas de oriente, un espejismo distorsionó el paisaje como en las carreteras de la planicie, entonces sonó la alarma y nosotros nos fuimos a tanquear agua en la estación. Luego recogimos a los voluntarios, con sus palas y otras herramientas se treparon en la maquinita para ir a ayudarla en una más de sus faenas. Por el camino, la gente corría pastoreando sus rebaños lejos del

fuego, todos cubiertos de tizne se alejaban del lugar a donde íbamos, algunos nos animaban a seguir, dándole palmadas a las latas de la Fogosa. Con este último impulso nos fuimos hacia el incendio.

“No andamos mucho para llegar al incendio. El calor se hacía sentir en la cara, todos teníamos los cachetes rojos y líneas de sudor sin haber empezado a trabajar. Nos fuimos el resto del camino por la vera del bosque hacia el campamento gitano. Las brasas parecían luciérnagas perdidas. Los voluntarios se bajaron a despejar los escombros de la trocha, había figuras chamuscadas que alguna vez fueron seres vivos, era difícil saber si eran animales o palos.

“Todos trabajamos en silencio, solo interrumpido por golpes de pala y el siseo del agua al tocar el carbón. Me pareció escuchar el crujir del metal en la Fogosa cuando un ventarrón del incendio nos chocó. La noche se empezó a nublar. Ya no había más luz que el fuego del bosque y las farolas de la maquineta.

“En el campamento gitano, la gente lloraba y maldecía; Los hombres intentaban rescatar lo poco que pudiera servir, un grupo se tomaba la cabeza por una persona perdida. Iban y volvían del bosque con sus ropas humeantes sin encontrar lo que buscaban. El viejo me contó que su nieto se había ido al bosque por la tarde y no lo encontraban. El incendio había cerrado el claro por donde se había metido.

“Me pidió ayuda para buscar al niño. Bien conocía el rencor gitano y acepté para evitar la maldición en caso de no ir con él. No se me salía de la cabeza la realidad de una búsqueda suicida. Los gitanos y voluntarios tomaron el camino al norte

para ir de espaldas al viento, y nosotros tres fuimos al oriente, donde al niño se le vio por última vez.

“Estaba muy oscuro. Era difícil ver y escuchar otra cosa que no fuera chirridos al lado de la trocha. Íbamos muy cerca del incendio. No había más de cien metros entre nosotros y esas torres de fuego. Consumían el bosque como si fuera pasto. Sentí el olor de mi propio pelo quemado. La Fogosa se esforzaba con un dolor que yo sentía por ella. Nunca me arrepentiré más de haberla forzado así. Las sacudidas producidas por los pedregones bajo sus llantas, la harían caer como un animal cansado. El gitano me miraba asustado y luego clavaba su mirada adelante con la cabeza fuera de la ventana. De un momento a otro me dio unas palmadas en el hombro, no entendí lo que dijo luego.

“Adelante había un claro. El incendio lo rodeaba amenazando con entrar. Paredes de fuego en todo lado, no creo haber visto algo más hermoso en mi vida. Me acordé del santo Moisés escuchando la higuera en llamas. A veces creo que el fuego tiene la personalidad de los cuerpos que consume. Lo que yo veía en ese momento debían ser todas las almas del bosque en su forma visible.

Corrimos hacia el centro del claro. Las latas crujían con el calor, si fuera animal se habría echado en el suelo. El viejo corrió más que yo, una persona pequeña se puso de pie entre la maleza, intentó salir a su encuentro pero se desplomó en el instante. Llegamos a donde estaba, sentí alivio porque el pecho aún se movía.

“Tomamos el niño y lo metimos en la cabina. Los pistones tronaron cuando avanzamos de vuelta a la carretera. El camino por donde veníamos se volvía una

caldera. Si nuestras vidas no hubieran estado en peligro, me habría gustado contemplar ese espectáculo más tiempo, un incendio es la fuerza que purga la naturaleza, la domina y hace fuerte.

“Cuando nos encontrábamos más lejos y el gitano se daba por salvado, el tronco de un cedro cayó frente a nosotros. La Fogosa se estremeció al dar el frenazo en seco y el bajo sonó como un bufido de toro con olor a caucho quemado. A nuestra derecha había un peñasco, al menos quince metros de roca a lado y lado. El suelo había cedido por el fuego y soltó el árbol como la mano suelta un sartén caliente. Pensé que ese era el final. Lo único que podíamos hacer era subir el barranco donde no quedaban matas, pero estaba muy alto. Así lo lograron un viejo gitano y un niño desmayado, yo no estaba seguro de subir sin mi Fogosa.

Sentí que mi hora había llegado. El incendio se acercaba por todos lados. Los helicópteros iban goteando chorros de agua, nos pasaban por encima sin vernos. Algunas gotas cayeron en la fogosa, pero se evaporaron sin refrescarla. Casi se me rompe el corazón cuando las luces empezaron a parpadear. Sentí como si me mirara por última vez. Estalló un neumático, el tanque sonó como olla exprés. La tristeza me dolió más que las ampollas de la piel. En la cabina, el amuleto de la gitana se prendió en llamas.

“Me acordé de las palabras del viejo al lado de la hoguera y me costó aceptarlo. El hombre me miró en silencio, como esperando algo de mí. Me dirigí hacia la cabina, el motor aún latía. Me sentí digno de sentarme al volante por última vez.

Las manos se me pegaron en el caucho del manubrio. La maquinita despertó con la presión del Cloche, metí todo el acelerador y apunté al barranco.

“Con toda la fuerza guardada para su última arrancada, la Fogosa se estrelló contra la peña. El choque deslizó rocas y raíces sepultando parte de la carrocería. Me tocó salir por una ventana. La corneta tronó hasta quemarse. La escuché bajo las piedras. El fuego de su corazón se apagó. Mis lágrimas se mezclaron con sangre y carbón. Subimos por la carrocería hacia la meseta encima del barranco, y nos sentamos a esperar la muerte. El día ya clareaba y los helicópteros revoloteaban como libélulas. Al despertar del desmayo, vi el cielo nublado, preñado de agua. Empezó a llover cuando salía el sol.

“Abajo, la carcasa de la Fogosa en medio de las ascuas se veía como me imagino a los huesos en un cementerio de elefantes. El viejo y el niño estaban abrazados a mi lado, mirándome. Nos sacaron de allá como al medio día. La gente del pueblo creía que estaba muerto, y lo mismo pensaron los gitanos del niño y el viejo. Pero nadie me preguntó por la Fogosa y de cómo nos salvó a los tres. A los pocos días, los gitanos se fueron sin dar gracias ni dejar maldiciones. Me quedé, solo eso sí, sin la Fogosa y sin la visión de las gitanas bailando.

-Yo no sabía lo de la fogosa - dijo Argimiro - ¿y no volvieron a traer otro carro de bomberos?

Aquí no traen nada si no lo necesitan, hombre - dijo Gerardo - no ha vuelto a haber incendios hace años.

-Pero este año hace mucho calor- dije mirando hacia la plaza-Ya veremos que se hace si hay fuego, tal vez por eso están los gitanos otra vez por acá, tendrán que ayudar si algo ocurre porque me deben una, ¡salud!

- ¿Y a la gitana no la había visto todos estos años? – me preguntó Argimiro.

-No, pero parece que me trae noticias - le dije señalándolos.

Tomé otro sorbo y dejé la botella sobre la cornisa. Los paisanos chocaron sus botellas, y repitieron el ritual antes de los sorbos. Miraron hacia la plaza donde las gitanas caminaban con una mano en la cintura. Argimiro va a que le lean la mano. Yo voy atrás, al encuentro de la gitana. Me mira fijo, cuando estoy con ella me presentó al niño tomado de su mano, se llama Wesh -me dijo- significa entre el bosque.

LA PURGA

Desde hace cinco días, Adrián estaba feliz. Por fin, luego de ahorrar por tres meses la mitad de su sueldo, se dio el lujo de comprar el dispositivo MP3 de 32Gb con pantalla táctil. La posibilidad de tener toda su música en un solo lugar lo emocionaba. Para él era como tener toda su vida al alcance de la mano. Era doblemente valioso si considerando los recuerdos gratos y personas amadas que evocaban cada una de las canciones que allí guardó. Sin duda, Adrián vivió su vida con los audífonos puestos y los ojos cerrados. De todas las canciones que escuchaba, la dedicada a Adriana sonó más veces. La imagen de su beso después de la dedicatoria era una reliquia mental de los buenos viejos tiempos.

La familia también estaba feliz por él. Lamentaban eso sí, su ausencia cada vez más frecuente en la sala, cuando todos se reunían a hablar; pasaba cabizbajo en las noches para decir “hasta mañana”. Luego se iba mudo hacia la alcoba. Durmió con la banda sonora de su sueño en los tímpanos. El MP3 atesoraba sus frustraciones, alegrías y despechos. Adrián se dedicó a vivir en una máquina musical del tiempo y viajó desde sus recuerdos de niño, donde incluso los olores venían a la mente por oleadas, hasta el pasado más cercano, las fiestas, los amigos, los amores.

El padre y la abuela criticaban a Adrián por su aislamiento. El padre imponía reglas sobre el uso de teléfonos y otros en la casa. Debía tomar medidas para evitar que Adrián se mantuviera conectado al aparato. Al fin la abuela, mujer que seguía usando el radio de su difundo esposo en las madrugadas, le reclamó por

usar el mp3 todo el tiempo - Se va a quedar sordo - decía- y eso no va a oír por usted. El resto de la familia no tenía una opinión en particular, la madre pensó que ya se le pasaría, su hermana, aunque entendía su desamor por Adriana, sentía asco cuando lo veía entrar al baño conectado a los audífonos.

La mala hora tenía que llegar. Adrián estaba sentado con su dispositivo encendido en el bolsillo de la camisa. No podía escuchar los cantos de la abuela al cocinar el almuerzo del domingo; después de almorzar, todos se preparaban para ir a la sala a reposar. Justo al bajar la cisterna quiso cambiar de canción por música más relajada, La ocasión lo ameritaba. Sin obedecer a su voluntad, el dispositivo se cayó en una fracción de segundo que le pareció una eternidad. Adrián intentó agarrarlo, pero esto solo desvió el dispositivo al borde del inodoro, y luego hasta el fondo. Adrián sintió hundirse en un océano frío, su aparato naufragaba con la música de su vida directo al caño.

Afuera, la hermana escuchó un grito y la agitación de las manos contra el baldosín de la taza. Adrián vio cómo un remolino le arrancaba su tesoro dejándolo con los audífonos colgando de la cabeza, con el silencio. Segundos después se atrevió a gritar- ¡Un alambre! ¡Pásenme un alambre!- Se abotonó los pantalones, salió disparado hacia la terraza. El inodoro atascado le dio una sucia esperanza.

En el pasillo, frente a la cocina se encontró con su abuela. Ella corría hacia el baño con las manos húmedas en el delantal. Adrián casi la tumbó en la carrera y siguió hacia el tendedero- ¡un alambre!-seguía gritando, la abuela no quiso entrar al baño, lo siguió hasta la terraza a ver cómo ayudarlo. Adrián cogió un gancho de

ropa, en sus manos se convirtió en una sonda improvisada. La abuela no alcanzó a protestar por la destrucción del gancho, pero intuyendo la naturaleza de la emergencia, cogió una bolsa plástica de su reserva y fue tras su nieto. Cuando bajaron las escaleras, la abuela se tapó la nariz evitó mirar hacia el baño. Se escucharon los pasos de su padre y hermana que venían de la sala- ¿Y ese escándalo?-preguntó ella, su padre se mantuvo callado y esperó una explicación con las manos en los bolsillos. Adrián se abrió paso y cayó de rodillas ante el inodoro de nuevo para empezar a meter el alambre.

El inodoro atascado lo invitó a desistir, pero la certeza de que el MP3 se encontraba en algún lugar por debajo del agua, lo obligó a exclamar con un suspiro resignado- se me cayó el MP3 a la tasa... y lo voy a sacar como sea-. La abuela se retiró corriendo hacia la cocina renegando ofendida. – Qué porquería, ¿qué hacía con ese aparato en el baño?- se le alcanzó a escuchar. La hermana y el padre seguían de pie, afuera del baño; no se atrevían a entrar y ver del todo lo que estaba sucediendo, pero no se iban porque un morboso instinto se justificaba con la excusa de que ayudaban estando ahí, así fuera con su presencia.

Finalmente Adrián metió el alambre con manos y todo, no sin apretar los labios y aguantar la respiración.

-No hombre, más bien baje la cisterna otra vez y deje ir ese aparato, no me vaya a tapar la tubería- dijo el padre.

-¿Por qué no se puso los guantes?- Dijo la hermana mientras miraba hacia otro lado y daba un paso atrás.

-Ya - Dijo Adrián, y continuó introduciendo sus manos en el agua maloliente.

Sintió algo duro que trancó el alambre, pareció moverse entre los bordes de la tubería aunque un poco forzado, un movimiento y venía dócilmente entre fluidos pastosos, otro movimiento y se perdía al chocar con un obstáculo adelante. El agua bajó rápido pero se represó de nuevo.

-Ah qué mierda- dijo Adrián, un efecto cauchera del alambre le salpico la cara recordándole que no era agua donde metía sus manos.

Su padre se rió y saltó hacia atrás. Su hermana no aguantó más, se fue a la sala con la boca tapada. Adrián, desesperado, casi se rascó la nariz por la picazón, pero el rancio olor le devolvió la lucidez. El padre se subió las mangas con gesto serio y se acercó a ayudar, pero al ver más de cerca el espectáculo que su hijo ofrecía, le gritó a su hija- ¡Dana, tráeme la chupa!- y la esperó manteniendo su distancia. Un momento de silencio y luego los pasos de la hija se escucharon por el pasillo, cuando Adrián intentaba de nuevo con las manos en el inodoro, esta vez con menos decisión.

-La chupa la tiene la señora del primer piso, papi.

No dijo más, al ver a Adrián salpicado y mal oliente. Se acordó de cuando jugaban al papá y a la mamá, ella le preparó una torta de tierra en su cocina de juguete y se la ofreció sin malicia, al volver la mirada después de tomar los cubiertos, la boca de su hermano estaba embadurnada de barro. -Te quedó como cruda- dijo esa vez. Ella tomó la toalla del baño y le limpió la cara con fuerza, luego se la puso en el antebrazo y esperó recostada en la puerta.

Al cabo de cinco minutos, el padre trajo una chupa de goma azul veteada de blanco y rojo que la hacía parecer de plastilina; un mango con palo de escoba completaba el arma. Se la entregó a su hijo y dijo:

-Si no sirve esto, pues deje así, la casa está que apesta.

Adrián sintió un impulso revivido y la esperanza de encontrar su mp3 le aceleró el corazón, se dio vuelta y esperó que este fuera el último intento. -si mis amigos supieran- pensó- se cagan de la risa- sonrió sin abrir la boca y acomodó la chupa en el agua; se detuvo un instante y miró hacia abajo, el borde metálico del MP3 salía por el orificio, estaba medio oculto por un velo de papel higiénico. El padre le puso la mano en el hombro- con cuidado, no lo vaya a tapar más-dijo. La hermana hizo de tripas corazón y se atrevió a acercarse un poco más, entendía la importancia que el aparato tenía para su hermano y esperó el desenlace.

Adrián pensó en la estrategia para recuperar su aparato con la misma certeza y decisión con que lo obtuvo la primera vez. Sintió ganas de escuchar la canción de Adriana, pero esta vez fue un sentimiento más parecido a la tristeza. Cuando compró el MP3, su padre no se alegró, le había costado la mitad de su sueldo, pero demostró su orgullo por lograr su pequeña meta y esperaba que comprendiera el valor de los logros esmerados. Un empujón del mango de la chupa causó un burbujeo, luego haló con fuerza para sacarla del agua y provocar el destape. Un torrente de agua se agolpó hacia el fondo y el MP3 rebotó en los bordes del orificio. Con un reflejo más eficaz que el que lo llevó a esa situación, Adrián metió las manos al agua y lo tomó justo antes de que un último sorbo se lo

llevara. La piel de Adrián se erizó al pensar que por un segundo lo hubiera perdido entre los dedos.

Un leve olor a agua clorada purgó el ambiente que aún tenía un hálito de cañería. Adrián empuñaba su aparato con satisfacción. El padre y la hermana se aliviaron el suspenso tomados de la mano. El padre abrió la llave del lavamanos y dijo:

-Ahora sí que se merece ese aparato.

-Ojalá sirva - dijo Adrián.

Los tres se lavaron las manos al tiempo, intercambiaron el jabón y las miradas, por último soltaron una carcajada. La hermana se alejó diciendo:-ya no quiero que me lo prestes. Cuando los dos, padre e hijo quedaron solos en el baño, el padre le tomó la cabeza, -finalmente se salió con la suya ¿no? Usted si es la cagada. Y se alejó hacia la sala justo a tiempo para oír a la abuela que gritó:

- ¡A almorzar!

En la mesa, el único gesto era una sonrisa contenida. La abuela subió a guardar una bolsa usada, y a reconstruir el gancho de ropa. Se quedaron un rato más peleando por cuál emisora escuchar. Adrián tuvo que esperar para saber si su mp3 servía todavía. Un amigo le contó de cuando se le cayó el celular en una piscina, lo sacó y envolvió en papel periódico por una semana, luego de ese tiempo lo encendió de nuevo y sirvió. Pensó que con su aparato iba a ser igual, muchas cosas en la vida hay que rescatarles y dejarlas reposar por un tiempo; mientras tanto no hay ni que mirarlas, tal vez pensar en ellas a ratos prudentes, lo

suficiente para saber que quedan pendientes. Un recuerdo cruzó por su cabeza.

Pensó en la canción de Adriana. No quería esperar una semana más para poderla oír de nuevo.

SÍNTOMAS DEL OLVIDO

La pérdida de memoria es algo que no le deseo a nadie, si es de corto plazo, como es mi caso, es una situación incómoda y hasta cómica para los que te rodean. La pérdida de memoria a largo plazo ya es algo que me da escalofríos, tanto como pensar en envejecer. Les tengo miedo a los viejos. Parecen tener secretos sobre la vida que no quieren compartir por el sólo placer de dejarnos vivirla. Mi abuela era caprichosa; siempre me amenazaba con sus achaques cuando tuviera su edad, ya verás cuando te toque, decía. Hoy más que nunca detesto esas palabras. Al ser la única vieja que conocí, se volvió la imagen universal de los ancianos. Me incomoda su tendencia a olvidar y refundirlo todo. La abuela siempre perdía sus llaves en algún lugar de la casa y creía que se las habíamos escondido. Se daba cuenta de que las tenía prendidas al cuello con una cuerda atada, y ni se disculpaba por la acusación.

De niña me daba la impresión de que la vieja recordaba sólo lo que quería, tal vez es verdad que la memoria es selectiva. Mencionaba muy bien los nombres y apellidos de sus comadres y ahijados, pero ponía papeles por todo su cuarto con nombres de familiares y teléfonos para tenerlos siempre a la mano. Me acuerdo del funeral del abuelo. Él quería morir antes para, según él, no vivir sin su mujer. Esa vez también la ví con el porte elegante por última vez. Otros familiares decían que lo heredé. Eres la viva estampa de tu abuela en juventud. Esa mirada y ese pelo son los de tu abuela. Yo sólo asentía con una sonrisa que ocultaba mi incredulidad. No quería pensar en cómo sería yo al envejecer, pero ver a mi

abuela era inevitable. A eso se refería Arturo cuando decía que al conocer a la suegra, el hombre puede hacerse una idea de cómo será la hija.

Según veo, los viejos tienen un tiempo dedicado a aceptar el deterioro. Eso es lo segundo que detesto de ellos, dejan de luchar contra el tiempo y abandonan sus cuidados tras el espejo del gabinete de baño para nunca más abrirlo. Mi abuela no volvió a tener la dignidad de antes; el abuelo se llevó lo mejor de ella a la tumba dejándola con su luto callado. Aceptó la pérdida y se dedicó a envejecer más rápido. Al recibir la pensión del abuelo dejó de frecuentar a sus amigas y empezó a ir con fervor a la iglesia. Por momentos refunfuñaba por los vestidos que me ponía, pero a veces la descubrí probándose un labial escarlata guardado por años desde su viaje a San Andrés.

Ahora siento como si las arrugas en su cara hubieran aparecido de la noche a la mañana. Tanto tiempo viéndola, y no me había detenido a mirarla. Es como si cada noche trazara una línea en su rostro volviéndolo un calendario. Al darme cuenta de esto, creí por primera vez en mi parecido con ella. Ese año yo tenía la edad de ella cuando dio a luz a mi papá.

En una ocasión me dio la impresión de que tenía sus pensamientos en otro lugar, nunca aquí. Se ensimismaba con tal ausencia que parecía meditar. Yo discutía por teléfono con mi novio de entonces. De un momento a otro empezó a caminar buscando sobre los muebles al son de plegarias. Yo la miraba en silencio, y debo admitirlo, divertida por su búsqueda atropellada. Él seguía en la línea diciendo lo mismo de siempre cuando peleábamos, y no me dejaba saber qué era lo que

buscaba la vieja. Ya harta de tanto alboroto le pregunté qué pasaba. Ella me miró con sus pequeños ojos castaños enmarcados por las gafas y dijo. No sé dónde puse las gafas mi amor.

La prudencia no ha sido una de mis virtudes, por eso la carcajada que solté provocó un irritado gesto de mi abuela que al llevarse las manos a la cara se tropezó con ellas y casi la tumba. Ojalá nunca le pase, hija. Pídale a Dios para que no sea como yo. Luego se alejó con un brillo tembloroso en los ojos y con mi silencio como única respuesta.

Todo seguía su curso, en especial con su aparente dependencia y vocación al sufrimiento. En muchas ocasiones nos sorprendía al caminar por la calle con vigor, ese tipo de vigor que tienen las almas obstinadas. Al encontrarse con los vecinos, hacía su andar más enfermizo y se colgaba de mi brazo. Si el vecino se atrevía a saludarla, ella se saltaba pasos de la conversación para quejarse por el mal estado de salud, o de que la noche anterior una tos casi le cuesta la vida. Si de algo tuve el infortunio de ser testigo fueron las varias visitas de otras viejas, nuevas amigas salidas de yo no sé dónde, sólo para hablar de quién tenía el peor y más duradero achaque.

Las tetas son atributos muy bien valorados por los hombres, pero cuando llega la vejez somos nosotras las que le damos un verdadero uso. Yo no tengo mucho por lo cual enorgullecerme al respecto. Ahora Arturo parece disfrutar, pero le tengo miedo al momento en que no me mire con deseo si me desnudo frente a él. Entonces mis tetas sólo servirán para guardar un monedero porque sus manos ya

no querrán estar ahí. Espero eso sí, no llegar a los extremos de mi abuela. Tenía la manía de meter cosas por allá. En más de una ocasión me sorprendió poniendo las llaves calientes en mi mano, las sacaba del pecho y decía que no podía ver la cerradura. Me convenció. No hay lugar más seguro en este mundo para guardar cualquier cosa digna de celo, que los pechos de una vieja.

Años después empezaron a aparecer los papelitos por la casa. Tenían nombres de objetos y recados olvidados. Incluso algún teléfono garabateado de alguien que había llamado. Empezaba a etiquetar las cosas para no pensar en su nombre. Si los papelitos desaparecían cada vez que hiciéramos aseo, se ponía de muy mal genio y salía de la casa dando portazos. En uno de esos ataques, salió dejando las gafas, el monedero y las llaves en el cuarto. No le dimos importancia al arrebato por unas horas, pero llegó la noche, y ella no aparecía. Mi papá llamó a todos los conocidos que pudo encontrar en la libreta telefónica de la abuela, al menos a los que pudimos descifrar entre sus notas.

Cuando ya pensábamos en llamar a la policía, recibimos una llamada. Contesté, la voz angustiada de la abuela confesó que se había perdido y que estaba en un café internet del barrio. Esa voz me enterneció, me obligó a ir a buscarla. Cuando la encontramos, ella tenía esa mirada desvalida que por poco me hace llorar.

Desde ese momento la abuela comenzó a tener otro aspecto horrible de los viejos: la vulnerabilidad de la niñez. Al regaño de mis padres le siguieron medidas para evitar un nuevo accidente, le escribimos la dirección y el teléfono de la casa en un papel para llevarlo siempre que saliera. Mi papá empezó a recomendarla con los vecinos si la veían por la calle.

El daño más grande fue no darle importancia a lo que le ocurría; con el tiempo no le dimos importancia a ella. Sus palabras y sus actos se hacían cada vez más incómodos para nosotros. No soportaba estar cerca de ella por su creciente tendencia a hablar mucho y no decir nada. Yo hubiera cambiado gustosa su conversación por su silencio. Cuando no había más que decir sobre algún tema en particular, ella siempre retomaba su comodín de dolencias lo cual solo me alejaba de su padecimiento.

Poco antes de morir, la sorprendí recostada contra la ventana; miraba hacia algún lugar de la calle sin prestar atención en realidad. Al acercarme en silencio y tocar su hombro, volteó asustada y me preguntó quién era yo. Luego siguió mirando a la ventana, yo me reprimí de darle un abrazo y fui a llorar a mi cuarto. Hoy creo que en ese momento de verdad comenzó a morir, la empecé a notar diferente, parecía estar más tranquila, como si olvidar le aliviara la carga de vivir. El darse el lujo de olvidar es algo que detesto de los ancianos porque mi abuela lo padeció. Ellos están en la obligación de prevenirnos de lo que seremos y no de torturarnos con el ejemplo. Su deterioro es la promesa de nuestra muerte.

En el funeral de la abuela nadie hizo comentarios sobre mi parecido con ella. Muchos de los que así lo creían habían muerto. Traté de comportarme digna, como ella lo hizo ante el ataúd de su esposo. Sin saberlo, empecé a imitar su carácter. No lo quería hacer. Era inevitable, la fuerza de la herencia. Esa mañana, al entrar en el baño fui consciente por primera vez de las arrugas en mi cara, no había ninguna en realidad, solo eran promesas de las futuras arrugas causadas por las risas y los disgustos. El recordatorio de lo vivido estaba a punto de

manifestarse cualquier mañana frente al espejo. Al terminar el entierro, e ir a casa tomé a Arturo por el brazo y le pedí que me hiciera el amor. Quería saber si mi cuerpo podía amar a pesar del dolor, pensé que el placer detendría el tiempo por unas horas.

Y no había pensado en la vieja hasta hoy. Me las arreglé para no pensar en el momento en el que el olvido se impone, aunque ya no me importa; no he tenido hijos para ahorrarme la molestia de criarlos, o a ellos la molestia de cuidarme en unos años. Hoy, en la calle frente a mi casa, espero que Arturo vuelva a abrir la puerta. Seguro me regañará con cariño y yo aceptaré sin protestar. Igual, éstas son cosas que pasan todo el tiempo. No son importantes hasta que vemos el cuadro completo. Lo que no nos gusta suele parecerse a lo que somos, así lo ignoremos. Los síntomas del olvido empiezan cuando decidimos tenerlos.

EL ASUNTO DEL TRIÁNGULO

Pido al lector de estas notas hacer el esfuerzo de llegar hasta el final. La utilidad que le puedan ofrecer depende de su capacidad de aceptar hechos inexplicables. Voy a contar, con el mayor detalle, lo que me ocurrió en las últimas semanas entre este anticuario y todos los lugares fuera de él. Asumo que si tomó esta libreta, se debe a algún tipo de afinidad con los saberes olvidados que en realidad son un largo historial de ignorancias compartidas. Lo más importante no se encuentra aquí dentro, lo imperativo es tener o encontrar el triángulo. Sin él, toda esta información no pasará de ser un palimpsesto en una libreta de arqueólogo, o peor aún, delirios de un loco.

Explicaré de dónde viene esta libreta, y quién me la entregó. Mi nombre no importa, solo soy el último en una línea que no sé dónde empezó y espero que no termine conmigo. Tuve una buena vida, si entiendo el significado de la palabra. Mi niñez estuvo bien, gracias entre otros, al anticuario de Edgar, el tío de mi papá. No era su nombre verdadero, él se llamaba Bogdan Pranjic pero sus amigos lo apodaron El turco. Llegó al país proveniente de Europa oriental cargado de antigüedades y el sueño de venderlas.

Me contó sobre su llegada al país. Siempre sintió tristeza por su casa, entonces decidió traerla por partes para extrañarla menos. Creó su anticuario surtido en un principio por las pertenencias importadas desde su casa paterna que, según él, tenían siglos en la familia. Vendió mucho de lo traído; después empezó a comprar de contrabando por todo el Mediterráneo. De niño le hice muchas preguntas, una

de ellas fue por qué vendió sus cosas si las había extrañado tanto. Él me respondió que todos dejamos un poco de espíritu en lo que usamos y en vista de que su familia nunca había salido del pueblo en las montañas, les estaba haciendo un homenaje para que estuvieran en todos lados.

El anticuario no fue un mal negocio para un extranjero en el país. El porte de Edgar entre tantas antigüedades causaba en los clientes buena impresión, se lo dijeron más de una vez para alagarlo. Tal vez eso hacía que los visitantes llevaran una antigüedad de su tienda, pero antes conversaban sobre el origen de las piezas. Recuerdo otra pregunta que le hice; por qué había decidido venir a este país tan distinto al suyo. Su respuesta fue una frase incomprensible. Él la explicó con su paciencia característica: *Vini Vidi Vinci*. Si yo hubiera elegido su epitafio, no se me hubieran ocurrido otras palabras.

Crecí disfrutando de sus libros, las estatuas, y el escape en el anticuario. Caminar allí era como estar en algún lugar del mundo antiguo con solo dar un paso en alguna dirección. Todas esas cosas se convirtieron en mis compañeros de juego al punto de hablarles a veces, en más de una ocasión me sentí observado por ellas. Mis juegos eran viajes a las tierras del Khan o luchas con los macedonios, todo ello bajo la mirada del viejo que a veces se perdía en el silencio de su mesa escarbando entre libros ilegibles. Cuando los niños me invitaban a jugar videojuegos, yo prefería ir al anticuario. No me importaba si se burlaban porque la historia que Bogdan me contaba cada día, era más divertida. Aunque mi papá no disfrutaba verme tan seguido en el anticuario, no encontró mejor aliado contra la televisión. La influencia de ese lugar silencioso dejó una huella perdurable en mí.

Decidí estudiar arqueología. Me preocupa la escasez de maravillas por descubrir. El mundo está tan lleno de información sobre el pasado que sólo quiere preocuparse por el presente. Las reliquias se han vuelto cadáveres en busca de alma propia.

.....

Edgar murió como le hubiera gustado irse, lento, sin tanto drama. Mi padre notó un cambio en la víspera de su muerte; habló con él, y lo notó animado, un estado inusual por aquellos meses. Le pidió que no abandonara el anticuario, dejaría algo para mí y yo sabría encontrarlo; se alegraba de tener un nieto digno de descubrir las cosas del pasado, y cosas como esas, dijo mi papá. Al día siguiente lo encontró muerto sobre su escritorio como si sólo estuviera durmiendo. Sintió mareo al entrar, había un olor extraño que picaba en la nariz, pero no era la descomposición de la muerte.

Mi papá no vendió anticuario por puro respeto a la memoria de Edgar. Pasé mucho tiempo en ese lugar y nunca supe nada del triángulo antes de graduarme; lo asumo como un acertijo póstumo. Poco a poco se convirtió en una obsesión propiciatoria de visitas obsesivas al anticuario. Abandonado por mucho tiempo, conservaba el peso de los siglos y esa presencia de las cosas hechas para durar. Distinguí el olor ácido; no sé describirlo, es un escozor al principio, luego se expande por todo el tórax como un fuego frío. El olor del polvo abandonado, se me ocurre llamarlo. La primera vez no vi el objeto de mi búsqueda; mis pasos me

llevaron al escritorio. Allí estaba la libreta cerrada con esfero listo para escribir.

Casi vuelvo a ver, cuándo reproduzco de memoria las últimas líneas:

“El triángulo me lo reveló, estoy listo para emprender el viaje entre sus aristas.

Sólo hay que abandonarse a él. Habitaré entre los iniciados y me contaré entre aquellos dignos de ser seguidos”

Pasé algunas páginas llenas de dibujos y anotaciones con diferentes signos, entre los cuales me pareció identificar lenguaje de Ogam. Todo lo escrito hacía parte de un algoritmo que conectaba las palabras dentro de una red; yo las seguí por tiempo indefinido. Resulté encorvado sobre el papel cuando la noche llegó, el tiempo se me había pasado muy rápido. Ya que nunca había leído escritos de Edgar, sus notas fueron un testimonio sorprendente.

Esa vez, al salir del anticuario los sonidos me ensordecieron. Me recibió una noche de ciudad de pleno siglo veintiuno. Me asusté con una mujer que pasó a mi lado hablando por celular; pude oír la voz al otro lado del auricular. Mis sentidos se habían agudizado. Hasta ese momento me creí el único habitante del mundo, impresión atribuida a la lectura de esos alfabetos con eco de piedra. Afuera había otro tipo de resonancia, era la respiración de un animal colosal bajo el pavimento. Mis pasos en la acera del barrio sonaron como los pasos de hombres solos en las ciudades del pasado. Dejé que mi imaginación volara a La Roma de Nerón; la luz reflejada en las nubes tenía el mismo fulgor de la quema, pero no escuché la risa del César. En la siguiente calle decidí caminar por un burgo de Colonia. Recordé la leyenda de su catedral; allí hay una estatua del demonio con forma de lobo, que

vigila a los visitantes desde la entrada. Un perro callejero sacó la cabeza de la bolsa de basura y me pareció que su mueca era una sonrisa.

Caminé por las calles coloniales, siempre pensando en el asunto del triángulo.

¿Qué era aquello que atrapó al viejo Edgar en sus últimos días y seguramente lo llevó a su aislamiento mortal? Con decisión quise buscar el objeto; en ese momento no fue un dictamen de la voluntad, más bien fue la seducción del placer prohibido o mejor aún, las acciones incontrolables ocurridas en los sueños. No conocía el objetivo de mi búsqueda, ni siquiera la razón de la misma, sin embargo el hacerlo me pareció tan inevitable como lo fueron los acertijos en la niñez. No se me ocurrió otro lugar para empezar que el mismo anticuario.

.....

En la noche caí exhausto en la cama sin quitarme la ropa. Desperté en la misma posición. Decidí ir temprano a buscar el triángulo. Pensé que el sol no solo iluminaría los rincones donde debía buscar, sino que me haría sentir menos observado en ese lugar. Me inquietaba la soledad en el anticuario, a pesar de los objetos que me vieron crecer. Había una presencia familiar que no sentía hacía mucho y se había convertido en un reproche sin palabras. Busqué entre cajones y gavetas; me distraje de vez en cuando con piezas que había visto solo en los libros de arqueología. Es curioso cómo el polvo nunca cae en los lugares viejos; en cambio se eleva y parece flotar en una nebulosa esperando el momento para sorprender a los objetos. Me detuve a pensar cuál sería el mejor lugar para esconder un tesoro; después de buscar con los ojos me fijé en el baúl.

Dentro del baúl había pergaminos, libros y objetos antiguos, pero se destacaba un paquete cubierto con bayetilla; su forma delataba lo que yo estaba buscando. Encontré el triángulo; los materiales con los que estaba hecho no debían estar juntos en una misma pieza. El artesano unió madera y roca. Su origen no era menos confuso, pude distinguir metales enquistados que me recordaron la orfebrería celta. Las inscripciones en toda su superficie me eran familiares, consulté el diario de Edgar y muchas de ellas aparecían regadas por las páginas. En el centro del triángulo había un espiral en bajo relieve, verlo me causó mareo. Todo el conjunto tenía armonía visual, pero aún más notable era la sensación de paz al tocarlo. Aunque la artesanía refinada no tenía defectos, el triángulo estaba sin terminar. Era difícil decir cómo lo supe. Fue como seguridad intuitiva, más parecida a un dejá vú. Lo examiné por el tiempo suficiente para cansarme, cuando miré afuera, daba la impresión de que habían pasado muchas horas.

.....

Esta noche he despertado cuatro veces. Es difícil recordar todos los sueños; hay imágenes de mi caminata nocturna hace unos días. En uno, yo iba por una calle de adoquín y en mi cabeza tenía una corona de laurel, en otro, el anticuario estaba en llamas y yo estaba sentado acariciando la cabeza de un perro que me miraba. Los sueños fueron muy vívidos: me levanté con sed y fui a la cocina a tomar un poco de agua. No pude dormir de nuevo. Revisé el cuaderno y el triángulo por el resto de la noche.

.....

Perdí la cuenta de los días. Las noches se han hecho más largas, pero me gusta la sensación de oscuridad alrededor. Por momentos no sé si lo que he hecho ha sido en sueños o en realidad. Empiezo a creer que el triángulo ejerce una fuerza sobre mi mente. Todo lo que evoca el anticuario con mis anhelos de tiempos pasados parece materializarse en los sueños. Es como si en ellos viviera mis deseos de la vigilia, me inquieta bastante el hecho de poder tomar decisiones en el sueño.

.....

Hoy la luz de los carros en la calle entorpecía mi tarea y el timbre de una llamada o mensaje de texto en el teléfono afectaba mi concentración. Decidí cerrar las cortinas, apagar el celular y encender una vela. Las pistas en la libreta eran sugerentes. En más de un momento tuve la sensación de no descubrir un acertijo sino construirlo con mi observación obsesiva. Cada día el triángulo parecía más nuevo.

Frustrado por no encontrar nada, recurrí a un colega de la universidad. Le envié unas fotografías del objeto y una muestra de los materiales. Mientras tanto, busqué el posible origen en las notas de Edgar. Hubo muchas páginas sin leer por el intrincado sistema de registro. Busqué debajo de una ilustración de un Golem, y encontré un texto en su idioma natal. Este hacía referencia a unas inscripciones del triángulo; al parecer traducían una idea semejante al palimpsesto. Lo más revelador estaba escrito más abajo con una letra casi ilegible. Mi poco conocimiento del idioma puede afectar el mensaje, era así:

Desconozco si es un timo o una reliquia. Rasgos notables de varias culturas antiguas. Vino de un mercado de pulgas por el contacto Omar, ofrecido como talismán. Relato de una historia sobre un poder asociado: materialización. Importante: hay emanaciones narcóticas desde su superficie.

Estas últimas líneas me sorprendieron al pensar en las reacciones de mi cuerpo estos días. No sólo mis sueños se hicieron más reales cada noche, sino más largos, y al despertar, no sé cómo escribirlo, el triángulo estaba allí con un resplandor. La última pista me dio la certeza de que mis visiones eran causadas por la irradiación del triángulo. Mis esfuerzos se redoblaron para llegar al fondo del asunto y conocer la naturaleza de su influencia. Mi interés ha ido en aumento hasta estas últimas horas. El presente me hastía, ya no quiero salir a la calle y ver lo que la gente hace con sus vidas. Prefiero estar aquí, sin presente y sin futuro. Sé que estoy cerca de un descubrimiento en el momento menos esperado, debo estar listo.

.....

Mi colega llamó; estaba muy sorprendido por su hallazgo. El triángulo resultó ser una amalgama, una extraña mezcla de culturas que convivieron o compartieron conocimiento. Su existencia, sin embargo, solo se asegura en leyendas y mitos olvidados. Las inscripciones de Ogam parecen cumplir una función ritual. En cuanto al estudio de los materiales, su sorpresa no fue menor, las partes tienen señales de alcaloides de yerbas usadas en rituales druídicos. Algunos de los

símbolos más crípticos son invocaciones de una religión olvidada en el norte de Europa.

No hacían falta más detalles; el asunto ya era lo bastante complejo. Pude escuchar su incomodidad por lo descubierto. Dijo que había dejado las muestras en el laboratorio. Me pidió que tuviera cuidado y evitara estar mucho tiempo en contacto con su superficie. Lo que él me dijo confirmó cosas que yo ya había intuido. En esta última etapa pensé que ya era hora olvidar las preguntas. Las ganas de dormir se han hecho más fuertes desde hace unos días; al despertar me duele la cabeza. Aunque el triángulo siempre está conmigo, he notado cambios paulatinos en su apariencia.

.....

Acabo de despertar, es medio día, sudo mucho y mi corazón se me sale del pecho. Tuve un sueño donde navegaba en un drakar por un mar sin costa. Después de una tormenta el barco encalló en un país desértico; de repente, en un espejismo vi a un hombre acercándose, me dijo algo al oído en el idioma del abuelo. Dijo que el triángulo ya estaba completo y que yo estaba listo para unirme a ellos. Recuerdo que miré atrás y me vi acostado en la cama; el triángulo estaba junto a mi almohada. Por un momento quise volver al desierto. El hombre ya no estaba allí, me sentí caer de la cama y desperté.

.....

Pase lo que pase estas son las últimas líneas en esta libreta. Mi fascinación no termina a pesar de saber que mientras más ahondo en el abismo de un

conocimiento, más lejano se hace la satisfacción de tenerlo. Quisiera contar con la sabiduría del abuelo para rendirme y escuchar su respuesta. Me miraría sin decepción y pondría sus brazos sobre mis hombros para decírmelo al oído, en el instante mismo de la respuesta yo la gritaría adelantándome a sus palabras. El triángulo es el artefacto del sentido de la vida, cuyo propósito la preparación para la muerte.

Camino por el anticuario esta mañana. Todas las reliquias me miran indiferentes. La luz de la luna entra a fastidiar el polvo dormido sobre los muebles incautos. Saco el triángulo y lo pongo sobre la mesa, reluce. Un vistazo alrededor me llena de melancolía por aquellas piezas sin dueño que esperan rescate. Están ahí tan terminadas y obsoletas. Yo no tengo a quién legarle el anticuario ni el triángulo. Me siento cansado. Todo este asunto parece consistir en dormir, ese es el origen de todos los mitos y las historias. Dormir es lo mejor para que los sueños vengán y se apoderen de la vida. He tenido problemas para diferenciar lo imaginario de lo real, las horas han pasado entre noche y día sin distinción. No sé si en realidad estoy escribiendo esto. Ahora mismo veo hacia la puerta y distingo unas sombras que se acercan. Antes habían estado inmóviles, pero ahora vienen por mí, sus pasos son lentos, casi imperceptibles, así quieren que sea para que yo no los note. Tengo la opción del escape, abrazaré el triángulo para dejar que su influencia me lleve lejos. Hay un placer en solo pensarlo, es un vuelo sin alas... Los parpados me pesan, quiero cerrar los ojos... Tengo que cerrarlos.

DESCENSO A LA CAVERNA

Había pasado bastante tiempo desde la última vez que nos vimos la cara. La webcam se había vuelto una excusa para no llamarnos. Por eso se me ocurrió proponerles a mis amigos unas vacaciones lejos de casa. La única condición era no hacer el mismo viaje de chancleta y piscina, tan común entre nosotros.

Entrado en años y con ganas de recuperar el tiempo perdido, quise hacer una expedición espeleológica en una región famosa por sus cavernas. Según lo noté en el chat, mis amigos se sorprendieron con la idea, pero sus frustraciones debían ser iguales a las mías; aceptaron sin poner condiciones.

Cuando era niño y odiaba a las niñas, tuve un amigo con el que iba a pasear en el Parque Simón Bolívar antes de que lo abrieran al público; mi hermano también iba cuando quería. Por esos años el parque era una gran zona verde abandonada con un lago en la mitad. La cerca de metal era la única frontera entre el parque y la ciudad a su alrededor; era como un recinto de silencio y verdor siempre con las puertas abiertas. Adentro todo era diferente, el sonido del tráfico se apagaba y empezaban a escucharse cosas como cantos de pájaros extraños, bueno, yo estaba acostumbrado al canto de los copetones y los gallos, así que cualquier otro canto me era extraño. Nuestras pisadas en la hierba se sentían como si quebráramos una corteza que ningún ser humano había tocado antes. Había un crujido tan leve que si me concentraba en oírlo, me destemplaba los dientes.

Una vez adentro en el parque nos sentíamos protegidos. Podíamos correr y jugar dejando nuestras maletas en cualquier parte, nunca las perdimos, nosotros sí nos

perdimos en varias ocasiones, pero según el plan de exploradores sólo teníamos que subir la mirada a Monserrate para ver hacia dónde ir. Creíamos ser los únicos en esa tierra extraña separada de la ciudad, pero la sensación a veces se iba cuando descubríamos rastros de hogueras o ropa interior abandonada. No volví a vivir algo parecido. Hay cosas de niños que los adultos nunca deberían dejar de hacer. Me debía el viaje a la caverna desde hace mucho tiempo aunque lamentaba que mi amigo y hermano no estuvieran para ir conmigo.

Los preparativos estaban hechos. Y a mí me emocionaba una cosa en particular. No era ni siquiera cumplir un sueño infantil de aventura; en realidad era la oportunidad de estar al lado de Emma. No solo estaba buena, también era suspicaz. Tan incorporada estaba a nuestro grupo, que ya se reía de los comunes chistes verdes. En ocasiones ella misma se atrevía a contar los más groseros. Descubrí con ella, que una mujer contando chistes verdes ejerce gran influencia sobre los hombres, el humor toma matices de erotismo que la sola belleza no logra. Yo tenía la expectativa de estar con ella en esa cueva oscura, y ya que habíamos hablado pocas veces, lo de la caverna parecía una excusa un tanto extrema pero bien disimulada.

Con mis mejores ropas en la maleta, y un mapa de los lugares turísticos de la región, bajado por internet, me encontré con mis amigos y sus invitados en la terminal. Como es usual, las bromas mostraron nuestra ansiedad; yo miraba de vez en cuando a la puerta del módulo para el corredor norte esperando que Emma apareciera. Pasaron unos minutos sin rastro de ella, y Beto, un amigo que conocí en la oficina, se acercó.

-Que no se le note.

-¿Qué?

-No se haga, yo sé a quién espera.

-¡Que va! Tengo afán de irnos y Emma nada que llega -. Contesté evadiendo malicia.

Me dio una palmada en la espalda que sentí hasta el pulmón, luego se fue. Tipo rudo ese Beto, ya iría a saber yo si era un buen amigo o no. Luego de un rato apareció Emma y nos fuimos todos emocionados por el viaje..

Los ciudadanos tenemos imposturas notables cuando salimos de la ciudad, por más que lo intentemos ocultar. Por lo general hay un grupo de personas con maletas llenas de cosas innecesarias, miran a todo lado como buscando un destino, Uno de ellos asume el reto de parecer un guía, el que sabe a dónde ir. Los demás lo siguen porque eso da un poco más de seguridad. Es mejor caminar hacia algún lado que quedarse quieto y aburrido. Alguien le preguntará a un habitante del lugar hacia dónde ir. El guía interino debe hacerlo pronto, si no, otro del grupo lo hará, de esta manera toma el lugar del primer guía para relevarlo hasta que otra necesidad y un nuevo voluntario continúe con esa cadena de inseguridades.

Nosotros fuimos los ciudadanos en el centro de un pueblo y yo asumí el papel de guía. Les mostré el mapa en varias ocasiones aparentando conocer en detalle sus líneas raras. La caverna aparecía a unos kilómetros de dónde estábamos y yo creí que si miraba a las montañas podría ver alguna entrada o salida. Así me

quedé unos segundos recordando a Monserrate y no vi nada. Luego oí la voz de Beto preguntándole a una persona dónde quedaba nuestro hostel. Después de recibir instrucciones, pasó su brazo sobre los hombros de Ema y todos lo seguimos para ver si descansábamos del viaje.

La primera noche antes de ir a la caverna, me jugaría una gran carta para disputarme la oportunidad de estar con Emma. ¿Y Emma? Me parecía que yo no le era indiferente; en algunos momentos nuestras miradas se cruzaban en medio de las risas colectivas para quedarse así mientras los demás no se dieran cuenta. Yo le interesaba, pero eso no habría de saberlo sino arriesgándome. En varias ocasiones había tenido malas experiencias con las mujeres. Pienso en la atracción como un mundo paralelo donde yo siempre soy el objeto del deseo. De eso se debe tratar la teoría de la relatividad, las emociones no son las mismas para todos los cuerpos involucrados en una situación. Las mujeres y los hombres no vamos a la misma velocidad por el mundo, así que si yo estoy en un bar, muerto de la risa con Emma pensando que la noche es perfecta y que sólo puede terminar de la manera que yo quiero, Emma está pensando en el buen momento que pasa sabiendo que la noche va a terminar de la manera en que ella quiere. El asunto es saber si queremos lo mismo.

En la noche bailamos y nos emborrachamos sin el miedo a la vergüenza. De las cosas que recuerdo entre las lagunas dejadas por el trago, está la cercanía de los cuerpos. Por momentos estuvimos tan juntos que pude distinguir el olor de cada uno en el grupo, algunos amigos olían al jabón que usaron antes de salir, otros tenían el sudor revelador de lo que habían comido durante el día, o tal vez durante

toda su vida. No quería percibir el olor de Beto, pero era inevitable percibir ese aroma que parecía revelar sus intenciones, su loción no ocultó el dejo de amoníaco. Empezaba a sentir un fastidio por este amigo en tan sólo unas horas. Tuve náuseas estando cerca de él, pero los recuerdos son difusos y me acuerdo más del olor del pelo de Emma, era un olor rural, como a campo verde. La borrachera borró mucho esa noche y no sé qué vi o soñé. No logro descifrar mis visiones. Recuerdo a un hombre y una mujer juntos; el hombre rodeaba con sus brazos a la mujer, aferrándose a ella. Ella inexpresiva, me miraba fijamente por un tiempo que no supe determinar. Creo que era Emma, pero ojalá el otro no haya sido Beto.

Todos escapamos de la vida que nos tocó. Nos creímos libres. Cualquier acto irresponsable perdió su gravedad gracias al alcohol. Por la mañana nos descubrimos durmiendo unos encima de otros en el hostel. Supe que estábamos listos para ir a la caverna, ya no con la timidez de un explorador prevenido, sino con la confianza de alguien que camina a oscuras en su cuarto. Sin embargo, la libertad de olvidar lo de esa noche en el pueblo no duró, gracias a las fotos aparecidas en las páginas de las redes sociales pocos días después. No sé si por eso nos fuimos alejando después del viaje. Seguro nos sentimos vulnerados por las cámaras de los demás que se encargaron de hacer públicas cosas que ni siquiera sabíamos que habían pasado. Si las lagunas mentales son una capa que nuestra mente usa para cubrir sus errores, las fotos de esa noche fueron un foco de luz sobre todo aquello que nos causa arrepentimiento.

Aunque demorada, llegó la mañana, todos buscábamos agua, tratábamos de estar siempre en la sombra. Nadie quiso contratar a los guías y el transporte hasta la caverna. Con el peor dolor de cabeza decidí hacerlo después de tomarme un café montañero en el comedor. Un café caliente en tierra caliente me parece absurdo, pero en esa situación lo necesitaba más que nada para activar las neuronas o matar algunas en el intento. Cuando llegué a la cocina, Emma estaba sirviendo un pocillo que me ofreció sonriendo. Más atrás, en el mesón estaba Beto picando unas cebollas. La saludé con un beso en la mejilla y para empezar la charla les dije.

-Me voy a conseguir el guía, ¿alguien va?

-Yo quiero - dijo Emma - hay que conocer algo más que los bares, ¿no?

Beto me miró de reojo y cortó una cebolla por la mitad, se limpió los ojos y dijo.

-No se queden todo el día, hay que ir antes de la tarde.

Al caminar con Emma por las calles sin pavimentar me sentí como en los años del parque; hablamos de todo un poco. No sé cuánto tiempo estuvimos afuera; comimos cholado, nos tomamos unas fotos en la plaza central y en ocasiones la tomé de la mano para cruzar la calle. Por alguna razón mi ansiedad desapareció y sentí que el tiempo era diferente. Uno suele percibir el tiempo en relación con un grado de urgencia, o es temprano, o es tarde. Esa mañana yo era consciente del curso del día, pero no me afanaba por ir a ninguna parte; esa mañana no era más que una porción de vida regalada que no se debía reponer. Pero a veces cuando

estábamos muy cerca y casi nos tocábamos los hombros, me sentía incómodo, era la sensación de ser observado por alguien más.

Después de afanar al grupo de amigos, correr por el bus y encontrarnos con el guía, lo siguiente que vale la pena recordar es la entrada a la caverna. Para ser sincero, yo me había imaginado una entrada gigante y misteriosa como esas que aparecen en las portadas de *National Geographic*. El desencanto lo incrementó la cantidad de basura en el suelo; había botellas plásticas, cáscaras de plátano e incluso pañales que el guía ignoró mientras nos pedía que no contamináramos las estalagmitas y estalactitas con las manos. Según él, y no tengo razón para dudar, cada formación rocosa dura cientos de años en crecer un milímetro, entonces si tocábamos una superficie con los dedos, era como si selláramos la caída continua de agua y minerales que dan forma a esas dagas de piedra. Triste, pensé, nuestra sola presencia causa destrucción. El mismo tacto para acariciar, puede hacer que rocas con milenios de vida resignen su posibilidad de convertirse en montañas.

Los ayudantes del guía nos dieron cascos y chalecos para protegernos de los imprevistos en la caverna. A mí no me gustan las sorpresas; están en el campo de lo incierto, y hasta ahora el viaje no se había alejado de lo que yo esperaba, incluso mi acercamiento con Emma iba por buen camino. Recordé que de eso se trataba todo el viaje, salir del confort de lo predecible, esa había sido mi idea y tenía que aceptarla a pesar de mis propios reparos. No muy seguro aún, entré con el grupo tratando de estar en el mejor lugar posible, eso era cerca de Emma y del guía, pero lo más alejado de Beto sin perderlo de vista, o de olfato. Para mi sorpresa, mi amigo ya se me había adelantado y fastidiaba a Emma jugando con

la luz de su casco. Intenté acercarme luchando contra las piedras del suelo que hacían difícil caminar. Miré a mis amigos y vi que enfrentaban el mismo problema, de hecho me recordaban a un grupo de chimpancés tratando de caminar erguidos. Adentro de la caverna, donde la luz había desaparecido, me quedé un poco, tratando de disfrutar de la experiencia; aun así, fue complicado dejar de pensar en estar enterrado vivo, aunque me pudiera mover y salir cuando quisiera. Me costó asimilar la humedad, mientras más avanzábamos, el aire se hacía pesado y caliente, parecía que se podía compartir cada vez menos aire con los otros; tal vez de hecho yo estaba respirando sus exhalaciones, la sola idea me mareó.

Entrar en una caverna tiene asociaciones míticas con la fertilidad femenina, pisar su suelo es emprender un viaje por el vientre de la madre tierra. Estando ahí pude sentir la cantidad de sensaciones que produce su oscuridad, las pieles se ponen brillantes y las formas se hacen sinuosas por efecto de las luces temblorosas; Incluso juraría que la respiración se vuelve un jadeo. No había terminado de pensar en las eróticas implicaciones de la espeleología cuando sentí un cuerpo caliente apoyado en mi espalda. Era Emma que se me acercó para decirme al oído. Buen plan, valió la pena. Luego pasó su mano por mi espalda haciéndome sentir un escalofrío.

La grata impresión acabó cuando un olor a amoníaco me golpeó la nariz. El guía nos invitó a ver en el techo de la caverna una masa que se movía sobre nuestras cabezas. No me imaginaba el olor a guano tan penetrante, no esperaba que olieran a algo en particular, pero es increíble que un animal tan pequeño pueda apestar tanto. Traté de no alejarme de Emma al tiempo que mantenía la

respiración. Cuando la alcancé nos ordenaron apagar la luz de nuestras linternas para que pudiéramos ver los miles de ojitos que nos miraban desde arriba. El guía nos habló sobre la escatología del murciélago, come y defeca por la boca, lo cual me pareció eficiente dadas las condiciones en que viven. El hombre que nos hablaba acaparó nuestra atención, y tal vez por eso se sintió cómodo para hacer una reflexión sobre la bendición que era poder ver, o el privilegio de contar con los sentidos; dio un buen discurso sobre la ecología, pero yo lamentaba tener mi olfato tan agudo; a la vez agradecía que mi piel pudiera asentir la proximidad de Emma.

Como en la mañana, empecé a sentir que el tiempo se enrarecía. No veía nada y sabía que todos teníamos las cabezas dirigidas al techo. Imaginaba a los murciélagos mirando al suelo. Seguro nos veían tan curiosos como nosotros a ellos. El brillo de los ojos me hizo sentir como en la noche más estrellada que hubiera visto jamás. De repente me abandoné al espectáculo y tomé la mano de Emma en silencio. Ella no intentó soltarse.

Cuando nos pidieron encender las linternas para continuar, suspiramos como si hubiéramos imaginado o recordado la esencia de lo simple y volviéramos de ese estado parecido a la ensoñación para ver de nuevo la realidad. Entonces pude escuchar los ecos con más claridad: gotas de agua cayendo alrededor, tal vez guano cayendo también, unos chillidos leves acompañaban ese silencio interrumpido. Al escuchar con atención daba la impresión que las paredes de la caverna se ensanchaban alejando sus paredes, hasta hacerme creer que estaba encerrado en la inmensidad y que no podría salir simplemente porque nunca

encontraría sus límites. Poco a poco llegó la confianza, y comencé a quedarme atrás con Emma junto a mí. Mirábamos de vez en cuando a nuestras espaldas y no había nada, ni sonidos ni formas. Las voces del grupo se fueron alejando cuando decidimos estar solos por un rato con las luces de las linternas sobre la cara del otro. Por un momento nos miramos como cómplices, allí en medio de la caverna, dos luciérnagas en medio de la noche.

Escuchamos las voces excitadas del grupo adelante y decidimos ir más rápido para alcanzarlos. El olor a amoníaco volvió por ráfagas, lo cual me hizo querer alejarme rápido de la galería anterior. Cuando nos acercamos otra vez, ni siquiera habían notado nuestra ausencia. Todos se habían agrupado alrededor del guía para escuchar lo que decía y señalaba. Parece que el agite se debía a lo que nos esperaba en el último tramo. La caverna se dividía en una serie de galerías ramificadas al frente y se volvían a unir al final desde diferentes alturas. Pero para poder ingresar a las galerías había que dar, literalmente, un salto de fe. A nuestros pies se abrió un vacío cuyo fondo apenas se adivinaba con las luces de las linternas en los cascos. Según alcancé a oír, tendríamos que saltar por turnos a esa oscuridad hasta llegar a un río subterráneo y salir lo más pronto posible agarrándonos de las piedras, o de lo que fuera para que el siguiente se lanzara. De inmediato comprendí la idea del chaleco y revisé que estuviera bien abrochado.

Todos nos quedamos callados, seguramente esperando al primer voluntario que rompiera la tensión con el salto al vacío. El guía nos explicó cómo hacerlo, parecía fácil y nuestra vida no corría peligro, pero el nudo en el estómago y ese

inmenso hueco allá abajo retaban cualquier voz de aliento. No negaré que miré varias veces hacia atrás con la intención de mandar todo al carajo y devolverme hacia la entrada. Pensé en por qué el guía no nos daba el ejemplo y se lanzaba, pero comprendí que al hacer eso, nos daría la oportunidad de huir hacia el principio sin ningún remordimiento. De repente Beto apareció de la nada.

-¿Qué pasa?, ¿se va a arrepentir?

-Salte usted - contesté -, después yo, y hasta me boto de espalda.

-¡Ja!, yo quiero ver eso - me dio una palmada que me hizo sentir vértigo-. Hágale entonces.

Los demás nos miraban como esperando que se resolviera el duelo de palabras, tranquilos porque ninguno de ellos sería el primero. Cuando estaba a punto de ceder o de empujar a Beto hacia el abismo deseando que el fondo fuera de roca, una mano se abrió paso entre la multitud, se paró en el borde y saltó dando un grito que se perdió casi al instante. La voz de Emma emergió del fondo, me pareció más aguda que antes, pero tal vez se debía a que en las últimas horas me había acostumbrado a escucharla en susurros. Se escuchaba agitada, cada vez más lejos. Nos motivó a resolver el asunto con Beto aludiendo a nuestra cobardía, así que antes de que los demás empezaran a burlarse, hice pinza con los dedos en la nariz y salté con los ojos cerrados.

No sé si el tiempo que duró la caída fue un segundo o diez, dar el salto de fe fue más de lo que yo esperaba. Hubo un momento en que el miedo fue lo único que me hizo sentir vivo, y luego un golpe de agua tibia me llenó de euforia.

Definitivamente la caverna estaba causando una impresión en mí. Pensé que si era la madre tierra, yo estaba viviendo una especie de segundo nacimiento, solo que ese parto en las aguas era como nacer hacia adentro. Ahora me pregunto si todos mis amigos tuvieron esa impresión. Nunca les pregunté porque pensé que ese tipo de experiencias no se pueden comentar hoy en día sin el riesgo de parecer un poco cursi.

Me dejé llevar por la corriente que era lenta, atrás los cuerpos caían al agua unos tras otros entre sonrisas y gritos. Las galerías aparecieron más adelante y una luz pequeña me atrajo hacia ellas. Cuando salí, Emma me llamó desde atrás de una estalactita.

-Ven.

-Sí - contesté escurriéndome la ropa.

-Así que saltas de espalda.

-Puedo hacer un par de cosas más.

-No lo dudo - dijo mientras se alejaba entre la galería.

Los demás ya se acercaban con sus luces y voces. No quería que interrumpieran ese momento. Traté de seguirla con la esperanza de que llegáramos a un lugar callado y no los volviéramos a ver hasta la salida. En otras circunstancias no me alejaría del grupo, aun sabiendo que tomando otros caminos llego al mismo lado. Caminamos y de nuevo las gotas golpeaban las rocas con un sonido que se parece al de palmadas en la piel. Me acerqué más a Emma y ella esperó

recostada contra una piedra. En ese momento tuve la sensación de que los dos íbamos a la misma velocidad, que disfrutábamos el momento sabiendo que al final saldría como los dos queríamos. Busqué su cara con mis manos entre las sombras para besarla.

-No lo hagas - me dijo - si no quieres que todo cambie.

-Ya es tarde.

Le di el beso más terrible. Estrellamos nuestras narices antes de encontrar las bocas que se abrieron para intercambiar aliento. También fue un beso corto, el olor a guano venía por oleadas acompañándonos hasta la salida, no le quise dejar la primera impresión y quise besarla otra vez, pero en ese instante el olor de Beto surgió entre los demás. Cuando miré hacia a mi espalda él estaba ahí, escurriendo agua y con los brazos descolgados a los lados.

-Casi no nos alcanza - le dije sin soltar a Emma.

-Pero aquí estoy, a tiempo según veo.

-Vamos muchachos, salgamos, tengo hambre - dijo Emma.

Nos alejamos hacia la luz que se veía al fondo. La mano de Beto, ya reconocida por mi espalda, me tomó por un hombro, al dar vuelta sentí el puñetazo en la frente. No esperé al segundo para responder con manos y pies al azar. Lo golpeé muchas veces y él hizo lo propio. Dimos golpes de ciegos a los cuerpos, las piedras y el suelo, rodamos abrazados de ira entre cabezazos y guano. Cuando Emma intentó intervenir recibió su dosis en alguna parte del cuerpo. Al final

quedamos botados unos encima de otros entre jadeos. Nunca supe qué solucionamos en ese momento, sólo recuerdo lo que dijo Beto cuando nos levantábamos para salir.

-Si preguntan, no digan nada, ya se me ocurrirá algo después.

Por más estúpida que fuera la propuesta, Emma y yo aceptamos moviendo la cabeza. No me importó explicarle nada a nadie, sólo quería salir de la caverna y dar el beso aplazado. La luz al final me pareció enceguedora así como el aire fresco que ya llenaba mis pulmones como si fuera la primera vez. Ya se veían las siluetas de mis amigos contra la luz de la tarde abrazándose. Los últimos metros antes de llegar me hicieron recordar el dolor; hacía frío y las raspaduras empezaron a arder, estaba exhausto. Emma y Beto no estaban mucho mejor. Intenté tomar la mano de Emma pero no estaba ahí donde la buscaba, luego le di una palmada en la espalda a Beto, no dijo nada. Todos nos vieron llegar con la boca abierta, pero Emma otra vez se adelantó y explicó adornando la versión de Beto. El guía meneó la cabeza, recogió el equipo entre murmullos.

Poco a poco nos fuimos alejando de la caverna sin mirar atrás y caminamos hacia el pueblo. Algunos se encargaron de contar cosas que vieron e hicieron adentro para que los demás se rieran y añadieran algo más a la historia. Los tres nos quedamos callados tratando de llegar simplemente. Por momentos miraba a Emma esperando que se cruzaran nuestros ojos; cuando lo hacían, volvían a verse como en la noche del bar, en la mañana de ese día y como en muchas ocasiones antes. ¿Las cosas iban a cambiar? Di mi salto de fe y no me arrepiento,

estuvo bien mientras duró. La expedición terminaba lentamente. Todos confesamos las ganas de comer, otros de nadar, otros de dormir.

Haber pasado por todas esas cosas en la caverna, el salto de fe y la riña con Beto me dieron un impulso inesperado para no quedarme con la frustración de hacer las cosas a medias, así que sin importar lo que pudieran pensar, me acerqué a Emma y le di el beso aplazado. Pensé que se iba a resistir y darme una bofetada, pero entregó su boca cansada. Mis amigos se quedaron mirando con sorpresa y sin decir nada, seguro ante sus ojos ya se veía venir y el único que no lo sabía era yo. Sin nada que temer, no me privé de la tentación de caminar a su lado y buscar su mano. La silueta de las montañas casi no se notaba por el fondo de la noche. Las estrellas parpadeaban y todo parecía estar más vivo. pude notar mejor los sonidos y los olores. Miré a Emma de reojo. En vez de burlarse de mi ojo hinchado, me apretó la mano más fuerte y me guió por la calle oscura siguiendo las risas de mis amigos. También apreté la suya, aunque me dolían los dedos.

PASEO POR EL JARDÍN

-Espérame aquí.

-Van a cerrar.

-Lo sé.

-No te demores.

Samuel también tenía ganas de ir al baño, pero quiso esperar hasta volver a la casa. Siempre esperaba un poco más que Marisa porque así se ponía a prueba, en cambio si ella tenía un deseo, lo satisfacía de inmediato. La tarde llegaba a su fin y la gente empezaba a irse con sus sombrillas y cámaras fotográficas.

Había muchos árboles grandes en el jardín botánico. El árbol elegido por Marisa para refugiarse del sol, parecía un animal que va a dar un paso y no termina de hacerlo. Aún les faltaba mucho para hacer el circuito completo en el jardín pero ella le pidió a Samuel que se sentaran a tomar unas fotos. Logró convencerlo con una mirada coqueta, fue infalible cuando eran novios, ahora le empezaba a molestar. El árbol bien enraizado a su lado también le incomodó. Le hubiera gustado tener la firmeza de ese tronco para resistir hasta el final del paseo.

Samuel se giró y vio a Marisa en la puerta del baño público haciendo fila; ella se dio vuelta para mirarlo. Esperó a que ella entrara para levantarse y caminar un poco. Rodeó el árbol y lo miró con detenimiento. Estaba considerando una decisión que cambiaría la vida de los dos, y la de más personas sin duda.

El día anterior había sido el aniversario de bodas. Marisa le había regalado una billetera antes de la comida. Él pensó que el reloj no era suficiente, pero ella lo aceptó sin problema y le dio un abrazo. Durante la comida estuvieron callados casi todo el tiempo y solo hablaron de sus trabajos. Al ir a la cama, él quiso hacer el amor, pero ella lo detuvo con un beso en la mejilla recordándole su paseo en el jardín por la mañana. Ella despertó antes. Se levantó sin darle el beso acostumbrado. Se había hecho menos frecuente las últimas semanas. Samuel abrió el joyero cuando Marisa estaba en el baño, y vio que tenía dos relojes como el que le había regalado en su aniversario. Ese reloj aumentaba la sospecha, se negó a confirmarla. Ya habría tiempo de hablar al respecto.

Sería bueno vivir como árbol y no sentir nada, o si lo sentía, poderlo callar para no explotar como estaba a punto de hacerlo. Se alejó por la ruta. Vio tres parejas caminando tomadas de la mano. Todas ellas iban de salida; se sintió bien estando solo por unos minutos mientras todos se iban. Caminó lento, en realidad estaba atando cabos de una serie de eventos por terminar esa tarde.

El otro reloj no se lo había regalado él; eso era claro. Ella lo pudo haber comprado. No, una coincidencia de esas era algo improbable; cuando supo que la amaba, ignoró las diferencias entre los dos; por eso quiso arriesgarse, convencido de haber encontrado su complemento. Marisa siempre insistió en que eran el uno para el otro. Samuel no quiso pensar en que la inercia los casó

De repente estaba otra vez frente al mismo árbol. Imaginó a las personas sentadas bajo esa sombra antes que él, en días sucesivos hasta el momento en

que era una semilla. Personas ya habían estado décadas antes; cuando el árbol solo era un retoño. Si juntara todos esos testigos de la vida del árbol y les preguntara lo visto, tal vez dirían que el árbol siempre fue igual, Nunca había terminado de dar ese paso de paquidermo.

Los guardias empezaron a hacer la ronda de cierre, uno le advirtió a Samuel que cerrarían en veinte minutos. Quiso tomar unas fotos para aprovechar la última luz. Usó la cámara con cualquier cosa digna de atención, también se tomó unas fotos poniendo la cámara al frente de la cara. Al verlas se sintió ridículo y las borró. El celular timbró y se asustó; lo vio y se dio cuenta de que era la mujer con la que había estado saliendo por dos semanas. Quiso contestar, pero se sentía incómodo sabiendo que Marisa estaba cerca, entonces lo apagó. La mujer estaba yendo muy lejos si lo llamaba al celular un día como ese. Tal vez ya había llamado antes, y Marisa sospechaba algo ¿se había dado cuenta ya?

Una brisa hizo caer muchas hojas de los árboles; incluso cayeron ramas. Samuel se cubrió los ojos y siguió caminado lento. Él había idealizado a Marisa, hasta cuándo el deseo por alguien más la bajó del pedestal. Pero no creyó poder sentir celos de nuevo, ese reloj había sembrado la semilla.

Ya habían pasado unos cinco minutos y Samuel pensó que Marisa estaba por salir. Tuvo la esperanza de que se demorara otros cinco minutos, tal vez diez. Igual él siempre podría esperar un poco más; había aprendido a esperar para no forzar nada en su vida. Miró de nuevo hacia el baño. La gente salía y entraba. Se la imaginó saliendo como la otra Marisa, la que había conocido diez años antes.

Había detallado cada parte de su cuerpo, en especial su piel blanca, casi transparente; hace rato que no veía sus venas bajo la piel. Largo tiempo sin bañarse juntos.

Su cálculo estuvo mal esta vez y ella no salió de inmediato. Entonces tomó la cámara para borrar fotos. Unas le hicieron sonreír; había unas tomadas por un tercero, su amigo Tomas. Salían con cara seria, como estatuas. Se dio cuenta del tiempo transcurrido sin reírse juntos. El gesto se había vuelto una mueca en las comisuras de los labios.

Ver las fotos le dio la fuerza necesaria para hacer lo que pensaba. Las borró todas sin remordimiento, y apagó la cámara justo en el momento en el que Marisa salía del baño. Se encontraron, se miraron un segundo antes de bajar la cabeza.

-Casi no sales.

-No me esperaste donde estábamos.

-Aquí estoy, vamos.

-Vamos.

-¿Mucha gente en el baño?

-¿Por qué?

-Te demoraste.

-Recibí una llamada.

-¿Quién?

-Alguien que no conoces.

No dijeron más hasta la puerta. Atrás, el árbol continuaba con su forma de animal dando un paso. Ella lo tomó de la mano, fueron hacia la salida. Sus caras como en las fotos. El jardín estaba en silencio. Las sombras de los árboles se juntaron hasta fundirse con la noche que llegaba. Samuel no sabía cuánto amaba a Marisa, sabía también que no se puede esperar para siempre. Marisa le pidió a Samuel la cámara para ver las fotos, él se la dio y vio la oportunidad.

-Tenemos que hablar.

VIDAS ENCONTRADAS

La libreta

Como de costumbre, El hombre sale de su casa después de desayunar y arreglar su corbata frente al espejo del pasillo. Afuera se da la bendición, saca el cambio exacto de su billetera y la mete con cuidado en el bolsillo de la chaqueta. Lleva un morral en su espalda y unos ojos optimistas. En la esquina mira a cada lado y palpa las cremalleras de la maleta a ver si están cerradas; es su única estrategia contra los robos. El paradero se ve lleno como de costumbre, pero extraña algunas caras que suelen esperar el bus. Ella no está allí como calculó, pero eso no lo desmotiva. Suele haber una mujer joven que siempre espera el bus mientras lee un libro. A simple vista, parece una ejecutiva más con olor a perfume, una mujer trabajadora de las que caminan con sus tacones a punto de retar la gravedad. Es bonita como muchas, pero cuando una mujer cualquiera llama la atención de un hombre cualquiera, las demás dejan de existir por un instante.

El hombre se mezcla con la multitud del paradero. Unos le devuelven la mirada de reojo. Otros solo mastican sus pensamientos. Al darse cuenta de la ausencia, espera el bus sin más expectativa, saca su libreta y un esfero para tomar unas notas. Lleva muchas páginas con descripciones de los momentos cuándo la ha visto, del vestido de la primera vez, y de su aparente afición a los libros. Siempre lleva un libro con ella. No sabe el nombre de los libros, están en la lista de averiguaciones sobre la mujer. También hay un listado de temas dignos de convertirse en cuentos. Hay otro de preguntas que le gustaría hacerle a la mujer si

tuviera la oportunidad. La primera es ¿cómo te llamas? obvio y necesario. Desde que decidió acercarse, toma nota de dónde y a qué hora hay más probabilidad de encontrarla. Al principio escribió poemas y otras reflexiones sobre cómo dos desconocidos pueden llegar a enamorarse con el giro adecuado de acontecimientos.

La ruta se demora como de costumbre. Hay personas que miran sus relojes con frecuencia, él sigue escribiendo en su diario. Para un momento, lee las notas. Toca las cremalleras de su maleta de nuevo, sigue leyendo. Pasa sus dedos sobre poemas inconclusos y bosquejos de historias que le gustaría contar si su trabajo no demandara tanto tiempo. La soledad de su cubículo frente al computador es igual a la soledad de su cuarto, en el bus es diferente frente a su libreta y mucho mejor si ella está ahí. Piensa en no ir a trabajar porque prefiere buscarla en la calle, se da cuenta de lo descabellado de la idea.

El hombre abre la página donde describió lo del bus ayer, después de casi hablar con ella. Había mucha gente. La mujer estaba de pie con su libro de turno. La miraba de reojo. Observaba rápido y luego a la ventana. De repente ella lo miró fijo, no era como un barrido al vacío antes de posarse en seres con sustancia; en cambio tenía la certera puntería de una flecha. Él se quedó quieto, no pudo mantener sus ojos en los de ella. Al hombre se le ocurrió ofrecerle su puesto, alguien se le adelantó. No hubo más para escribir sobre ese día, el trabajo acaparó el resto de su atención.

El bus llega y los pasajeros hacen fila para subir. Su prisa aumenta, espera a que todos se suban. Una a una, las personas ocupan las sillas. Cuando se acaban, empiezan a represarse en el pasillo, nunca estarán más cerca los unos de los otros, a no ser que todos tomen el mismo bus al día siguiente.

El hombre encuentra una silla junto a la ventana, se sienta y vuelve a abrir la libreta para escribir que no la encontró. Descarta otra posibilidad de hablarle. El bus avanza unas cuadras y él no deja de tomar nota. En verdad hubiera querido faltar al trabajo hoy e ir tras ella. Hay paradas que no nota por estar concentrado. En la última, cuando el bus arranca muy fuerte, levanta la cabeza y se ve a la mujer en el bus. Se emociona, tacha unas líneas y escribe un nuevo inicio para el relato del día; luego guarda la libreta para más tarde. Ella no viste ropa elegante, no trae la cartera, solo lleva su libro y una botella de agua.

Después se repite los actos de los días anteriores. Ella levanta la mirada del libro para descansar y vuelve a su libro vigilando con el rabillo del ojo. Él califica esto como la el fin de la indiferencia, es el estado en que dos desconocidos se cuidan del otro pero dando cabida a la posibilidad de interés mutuo. Usualmente es comodidad propensa a volverse atracción; esto consiste en saber que la mutua vigilancia terminará para separarse y no encontrarse nunca más. Los encuentros entre los dos, sin embargo, estaban violando este principio ya que por alguna razón se habían topado muchas veces en una ciudad donde las rutas solo llevan por vías diferentes.

El hombre mira su reloj. Se está haciendo tarde para el trabajo, no se preocupa y continúa el trayecto con la vista en la ventana. Por lo menos cinco calles más abajo ella cierra el libro y camina hacia la puerta, se va a bajar. Él procura no ser tan obvio y se pone de pie lentamente para seguirla. Un grupo de personas también lo hacen causando congestión en el pasillo. Ella se va hacia el parque. Las personas entorpecen el paso y el bus va a arrancar. El hombre se lanza contra la puerta pisando pies y recibiendo codazos. Sale a empujones del bus.

Por fin da el paso que había planeado. El trabajo puede esperar, esta oportunidad no. La espía desde una distancia prudente. Después se sienta en una butaca que hay frente a unos perros dormidos, saca la libreta. Los dos transcurren como mejor lo saben hacer, ella con su libro y él con su libreta, observando. El hombre planea cómo acercarse para hablarle. Desde su lugar le parece que ella también lo observa. Cruza las piernas apuntando hacia él. Cuando ella toma un sorbo de agua y se queda viendo en su dirección, él responde estirando los brazos o acariciando la cabeza de los perros.

Pasan los minutos, y ella se levanta. El hombre alista su siguiente movimiento; puede acercarse y preguntar. Ya está dando el primer paso cuando ve que detrás de ella viene alguien caminando con afán. De lejos le parece conocido. Cuando está casi al lado de ella, nota que es un compañero de trabajo. Cae sentado en la butaca y se inclina en el espaldar. La mujer viene en su dirección al igual que el intruso; quiere esperar un poco, pero ninguno cambia de rumbo, siguen en una línea paralela hacia él. La tensión no da tiempo a pensar, tiene que irse, camina rápido sin mirar atrás, ve que la mujer se detiene. El compañero de trabajo, en

cambio, camina más rápido, trota. Ella se acerca a la silla donde el hombre se ha sentado. Los dos hombres corren en la misma dirección, uno parece seguido por el otro. Durante la carrera ve que ella coge algo de la silla. Se da cuenta de que ha dejado la libreta. Al borde del andén y con el otro tipo en sus talones, para un taxi. Desde la ventana ve a la mujer haciendo señas con la libreta en la mano. Sin vacilar, le dice al taxista la dirección. El compañero de trabajo dura unos segundos parado en el andén y también toma un taxi. En la oficina no se puede sacar la libreta de la cabeza; todo lo que escribe sobre ella está ahí, sus secretos y preguntas aplazadas. Puede que la mujer la lea y se quede con esa versión. Lamenta que la libreta no esté marcada; ella se llevará la intimidad de un hombre sin nombre. No pierde la esperanza, cree que lo del parque es una señal, mañana desandaré sus pasos hasta el parque.

La devolución

Hoy es un día diferente para la mujer, la lectura de la libreta la trasnochó. Se ducha, arregla y desayuna con un afán no acostumbrado. Echa las llaves y el maquillaje en su cartera, por último mete la libreta. Le da un beso en la frente a su mamá y sale corriendo por la calle con los tacones altos y el pelo húmedo. Al cabo de una cuadra desacelera por dolor en las pantorrillas. No hace mucho ejercicio y tampoco ha cumplido con la promesa de ir al gimnasio a pesar de haber pagado una mensualidad por anticipado. A veces se pone la sudadera y va al parque a caminar.

Se encuentra con un grupo de peatones. Son los mismos que han perdido unos minutos en la mañana y deben correr para encontrar su lugar de vuelta en el río humano. A pesar del afán, los ecos de la lectura nocturna vienen a su mente y la distraen. Hay palabras que no comprende. Promete buscar en el diccionario hoy. Teme que su interpretación de los hechos sea equivocada y no sea ella la que describen esas notas.

El ruido de sus tacones la precede. Algunos hombres la miran, en especial de la cintura para abajo cayendo en la hipnosis de sus tacones. No se interesan por ver más arriba, o no pueden hacerlo. Ella tiene la vista en los buses. El hábito hace que no lea los letreros pues los reconoce por el color, la forma y otros rasgos que hacen un bus diferente de otro. A la mujer le gusta asignarle un gesto a cada carro, dependiendo de su propio estado de ánimo. Hoy casi todos los buses parecían angustiados.

Un pensamiento la tranquiliza. Es el hombre que ha visto más de una vez con un esfero y una libreta. Tal vez hoy no lo vea, pero nada pierde con probar. Si le importan sus escritos irá.

Varios buses han pasado con las personas colgando de sus puertas. Los pasajeros miran hacia afuera con ojos de murciélago. La mujer hace la parada de la ruta; no hay nadie colgando en las puertas. Aliviada sube palpando la libreta dentro de la cartera.

La primera vez que se cruzó con el hombre de la libreta lo calificó de mirón, “esos con pensamientos asquerosos”. Lo ignoró como solo las mujeres observadoras

saben hacerlo. Leyó su libro para soportar la incomodidad. Terminó una página y lo sorprendió con una mirada súbita, intimidante. Lejos de esto, el hombre mantuvo sus ojos en el objetivo, luego bajó la cabeza sobre una libreta en la que escribió. La reacción la sorprendió un poco, le pareció interesante. Deseó que escribiera sobre ella. Cuando iba a mirarlo otra vez, le cedieron el puesto. Aceptó y ayudó a otra persona con la maleta; no había afán y pudo seguir con la lectura.

El cambio de temperatura la reconforta. Procura ir hacia atrás para salir rápido sin importar si logra un puesto. La cartera apretada bajo el brazo la hace sentirse menos indefensa. Durante el trayecto se cuestiona por intentar volver al parque. Es un desconocido que puede estar obsesionado. Sus consideraciones van en contra de sus acciones, pero la lectura de la libreta no sólo la halagó; también le causó curiosidad por saber quién la deseaba de esa manera.

Pasaron días sin leer la libreta. Tuvo la tentación de leer varias veces, pero se contuvo al menos mientras terminaba el libro que leía. Empezó por ojear algunas páginas; no era una libreta telefónica. Poco a poco se tomó confianza y leyó páginas completas. Algunas líneas le parecieron cursis, quiso que alguno de sus ex novios hubiera sentido lo mismo. La noche anterior pensó en botarla. Amanecía cuando leyó la última página. Sintió como si toda la noche se hubiera visto desde afuera. Lo escrito era un retrato en movimiento de su vida cotidiana, una intuición de sus deseos. Entonces tuvo el impulso de ir al parque y dejar la libreta en la silla donde la encontró.

Los árboles del parque se veían desde unas cuabras de distancia. Leyó las líneas más conmovedoras. Cerró la libreta y timbró. Cuando se bajó vio al señor barriendo el frente del kiosco. La mañana era soleada. Los tacones sonaron rápido sobre el pavimento. Trataba de evitar a los perros, olfateaban a todo transeúnte. Había un hombre sentado en la silla. Lo miró desde lejos. Nos era como lo habría imaginado si no lo hubiera visto antes. Sacó la libreta y saludó. Él volteó sin mostrar sorpresa. Pudo entregarle la libreta e irse, o caer ante la curiosidad. Ella sabía qué iba a pasar; casi podía escuchar las palabras que vendrían. Se quedaron callados por un rato hasta que ella le entregó la libreta en la mano, él la recibió y le preguntó.

-¿Cómo te llamas?